

C-VIII
PSOL-1/0014

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO,

por

D. FELIX MARIA SAMANIEGO

*del número de la Real Sociedad Vascon-
gada de los Amigos del País.*

Tomo I y II.

*Duplex libelli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitum consilio monet.*

PHEDA. Fab. Prol. Lib. 1.

LÉRIDA :

Imprenta y Librería de José Sol.

1851.



PRÓLOGO.

Muchos son los sábios de diferentes siglos y naciones que han aspirado al renombre de fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraido del árduo empeño de meterme á contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido: pero permítame el público protestar con sinceridad en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi eleccion. Es puramente obra de mi pronta obediencia debida á una persona en quien respeto

unidas las calidades de Tio, Maestro y Gefe.

En efecto: el Director de la Real sociedad vascongada mirando la educacion, como á base en que estriva la felicidad pública, emplea la mayor parte de su zelo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instruccion; y siendo (por decirlo asi) el primer pasto con que se debe nutrir el espiritu de los niños las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la fábula; me destinò á poner una coleccion de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, segun deseò Platon, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el latin.

Desde luego di principio á mi obri-lla. Apenas pillaban los jóvenes semñaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando los leian y estudiaban á porfia

con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonia poética, y libre para ellos de las espinas de la traduccion, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendacion de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo este su ambiciosa condicion desea que respectivamente logren mis fábulas igual acogida que los niños en los mayores, y aun si es posible entre los doctos; pero á la verdad esto no es tan facil. Las espinas que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán estos tan de marca, dando aqui una breve noticia del método que he observado en la ejecucion de mi asunto, y de las razones que he tenido pa-

ra seguirle.

Despues de haber repasado los preceptos de la fábula, formé mi pequeña libreria de fabulistas: examiné, comparé, y elegí para mis modelos entre todos ellos despues de Esopo á FEDRO y LA-FONTAINE; no tardé en hallar mi desengaño. El primero mas para admirado que para seguido, tuve que abandonarlo á los primeros pasos. Si la union de la elegancia y laconismo solo está concedida á este Poeta en este género ¿ como podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que é esta le falta para igualar á la latina en concision y energia? Este conocimiento en que me aseguré mas y mas la práctica, me obligó separarme de FEDRO.

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las fábulas de la *Cigarra y la Hormuga*, *el Cuervo y el Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podia sin ridiculizarme trasladar á mis versos aquellas delicadas nue-

vas gracias y sales, que tan facil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narracion.

No obstante, en el estudio que hice de este autor, hallé no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de Locmano, Esopo y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar, que apenas tuvo presente otro precepto en la narracion, que la regla general que el mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano. *Por mucho gracejo que se dé á la narracion, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir en la formacion de mi obrita á estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir tomando en cerro los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algun moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no solo en el estilo y gusto

de la narracion, sino aun en el variar rara vez algun tanto ya del argumento, ya de la aplicacion de la moralidad, quitando, añadiendo, ò mudando alguna cosa; que sin tocar al cuerpo principal del Apólogo contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que segun mi conciencia mas de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas que cualquiera que se ponga á cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra version, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias, ó pecados contra las leyes de la fábula ha habido fabulistas, que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad; ¿á qué meterme yo con escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, segun mi entender, á la comprehension de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo no solo humilde, sino aun bajo, malo es; mas no seria muchísimo peor, que haciéndolo incomprehensible á los niños, ocupasen estos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo en esta parte desconfo conseguir mi fin. Un autor moderno en su tratado de educacion dice: que en toda la coleccion de LA FONTAINE no conoce sino cinco ó seis fábulas en que brilla con eminencia la sencillez pueril, y aun haciendo analisis de alguna de ellas, encuentra pasages desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una leccion. Confesaré sinceramente, que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi coleccion no se halla mas de la mi-

tad de fábulas, que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa mas trivial. Esté me ha parecido el solo medio de acercarme al language en que debemos enseñar á los muchachos: pero ¿quién tendrá bastante filosofia para acertar á ponerse en el lugar de estos, y medir asi los grados á que llega la comprehension de un niño?

En cuanto al metro no guardo uniformidad: no es esencial á la fábula, como no lo es al Epigrama y á la Lira, que admiten infinita variedad de metros. En los Apólogos hay tanta inconnexion de uno á otro como en las Liras y Epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se pone á la varia armonia, que tanto deleita el ánimo y aviva la atencion. Los jóvenes, que tomen de memoria estos versos, adquirirán con la repeticion de ellos alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas, á que por este medio

acostumbren su oido.

La Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de Endecasilabos pareados con la alternativa de pies quebrados, ó de siete silabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias mas largas, en las cuales por acomodar una sola voz que falte para la clara esplicacion de la sentencia, ó queda confuso, y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado y lleno do ripio.

En conclusion: puede perdonárseme bastante por haber sido el primero en la Nacion, que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guia, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro con la ocasion de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instruccion y provecho. Mientras asi lo hagan, ha-

bremos de contentarnos con leer sus excelentes Eglogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como da la mejor música del divino *Heyden*, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.

LIBRO PRIMERO.

FÁBULA PRIMERA.

El Asno y el Cochino.

A LOS CABALLEROS ALUMNOS DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO.

O jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigis vuestros pasos,
Seguid, seguid la senda,
En que marchais, guiados
A la luz de las ciencias
Por profesores sábios;
Aunque el camino sea
Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo

Con la esteva agoviado
 El Labrador sus bueyes
 Guia con paso tardo;
 Mas al fin llega á verse
 En medio del verano
 De doradas espigas
 Como Ceres rodeado.

A mayores tareas
 A mas graves cuidados
 Es mayor y mas dulce
 El premio y el descanso.
 Tras penosas fatigas
 La labradora mano
 ; Con que gusto recoje
 Los racimos de Baco!

Ea , jóvenes , ea
 Seguid , seguid marchando
 Al templo de Minerva
 A recibir el lauro.
 Mas yo sé , Caballeros .
 Que un jóven entre tantos
 Responderá à mis voces:
No puedo , que me canso.

Descanse enhorabuena:
 ¿ Digo yo lo contrario ?
 Tan lejos estoy de eso ,
 Que en estos versos trato
 De daros un asunto
 Que instruya deleitando.

Los perros y los lobos,
 Los ratones y gatos,
 Las zorras y las monas.
 Los ciervos y caballos.
 Os han de hablar en verso.
 Pero con juicio tanto,
 Que sus máximas sean
 Los consejos mas sanos.
 Deleitaos en ello,
 Y con este descanso
 A las sérias tareas
 Volved mas alentados.
 Ea , jóvenes , ea
 Seguid , seguid marchando
 Al templo de Minerva
 Á recibir el lauro.
 Pero qué! ¿ os detiene
 El ócio, y el regalo?
 Pues escuchad á Esopo,
 Mis jóvenes amados:

Envidiando la suerte del Cochino
 Un Asno maldecia su destino.
 Yo, decia, trabajo, y como paja;
 El come harina y berza, y no trabaja:
 Á mi me dan de palos cada dia;
 Á él le rasean, y alhagan á porfia.

Asi se lamentaba de su suerte;
 Pero luego que advierte,
 Que á la pocilga alguna gente avanza,
 En guisa de matanza,
 Armada de cuchillo y de caldera,
 Y que con maña fiera
 Dan al gordo Cochino fin sangriento;
 Dijo entre sí el Jumento:
 Si en esto para el ocio y los regalos,
 Al trabajo me atengo y á los palos.

FÁBULA II.

La Cigarra y la Hormiga.

Cantando la Cigarra
 Paso el verano entero,
 Sin hacer provisiones
 Allá para el invierno:
 Los frios la obligaron
 A guardar el silencio,
 Y á acogerse al abrigo
 De su estrecho aposento.
 Vióse desproveida
 Del preciso sustento,
 Sin mosca, sin gusano,
 Sin trigo, sin centeno.

Habitaba la Hormiga
 Allí tabique en medio,
 Y con mil espresiones
 De atencion y respeto
 La dijo: Doña Hormiga:
 Pues que en vuestros graneros
 Sobran las provisiones
 Para vuestro alimento,
 Prestad alguna cosa,
 Con que viva este invierno
 Esta triste Cigarra,
 Que alegre en otro tiempo
 Nunca conoció el daño,
 Nunca supo temerlo.
 No dudeis en prestarme;
 Que fielmente prometo
 Pagaros con ganancias
 Por el nombre que tengo
 La codiciosa Hormiga
 Respondió con denuedo,
 Ocultando á la espalda
 Las llaves del granero:
 ¡Yo prestar lo que gano
 Con un trabajo inmenso!
 ¿Dime pues holgazana,
 Qué has hecho en el buen tiempo?
 Yo, dijo la Cigarra:
 A todo pasagero
 Cantaba alegremente
 Sin cesar ni un momento.
 Ola! ¿con qué cantabas
 Cuando yo andaba el remo?

Pues ahora que yo comó,
Baila, pese à tu cuerpo.

FÁBULA III.

El Muchacho y la Fortuna.

A la orilla de un pozo
Sobre la fresca yerba
Un incauto mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
Insensato despierta,
¿No ves que ahogarte puedes?
À poco que te muevas?
Por tí y otros canallas
À veces me molejan
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de Fortuna
Llamais à las miserias:
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?

FÁBULA IV.

La Codorniz.

Presa en estrecho lazo
La Codorniz sencilla

Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
¿Ay de mí miserable
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdilo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¿Por un grano de trigo!
¿O cara golosina!
El apetito ciego
¿À cuántos precipita,
Que por lograr un nada
Un todo sacrifican!

FÁBULA V.

El Águila y el Escarabajo.

Que me matán: favor: asi clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una águila sangrienta.
À las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo;
Y viendo à la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruel muerte,

Lleno de horror esclama de esta suerte:
 ¡Ó Reina de las aves escogida,
 ¿Por qué quitas la vida
 A este pobre animal, manso y cobarde?
 ¿No sería mejor hacer alarde
 De devorar á dañadoras fieras;
 Ó ya que resistencia hallar no quieras,
 Cebarte tus uñas y tu corvo pico
 En el frío cadáver de un borrico?
 Cuando el escarabajo así decía,
 El águila con desprecio se reía,
 Y sin usar de mas atenta frase,
 Mata, trincha, devora, pilla, y váse:
 El pequeño animal así burlado
 Quiere verse vengado.
 En la ocasion primera,
 Vuela al nido del águila altanera;
 Halla solos los huevos, y arrastrando
 Uno por uno fuélos despeñando.
 Mas como nada alcanza
 Á dejar satisfecha una venganza.
 Cuantos huevos ponía en adelante
 Se los hizo tortilla en el instante.
 La Reina de las aves sin consuelo,
 Remontando su vuelo,
 Á Júpiter excelso humilde llega,
 Espone su dolor, pidele, ruega
 Remedie tanto mal: el Dios propicio;
 Por un incomparable beneficio,
 En su regazo hizo que pusiese
 El águila sus huevos, y se fuese,
 Que á la vuelta colmada de consuelos

Encontraria hermosos sus polluelos.
 Supo el escarabajo el caso todo:
 Astuto, è ingenioso hace de modo,
 Que una hola fabrica diestramente
 De la materia en que continuamente
 Trabajando se halla,
 Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
 Y que segun yo pienso,
 Para los dioses no es muy buen incienso:
 Carga con ella, vuela, y alrevido
 Pone su bola en el sagrado nido:
 Júpiter que se vió con tal basura
 Al punto sacudió su vestidura.
 Haciendo al arrojar la albondiguilla
 Con la bola, y los huevos su tortilla.
 Del trágico suceso noticiosa,
 Arrepentida el águila y llorosa
 Aprendió esta leccion á mucho precio.
 A nadie se le trate con desprecio,
 Como al escarabajo,
 Porque el mas miserable, vil y bajo,
 Para tomar venganza si se irrita,
 ¿Le faltará siquiera una bolita?

FÁBULA VI.

El León vencido por el Hombre.

Cierto artífice pintó
 Una lucha, en que valiente

Un hombre tan solamente
 A un horrible Leon venció.
 Otro Leon, que el cuadro vió,
 Sin preguntar por su autor,
 En tono despreciador.
 Dijo: bien se deja ver,
 Que es pintar como querer.
 Y no fué Leon el pintor.

FÁBULA VII.

La Zorra y el Busto.

Dijo la Zorra al Busto,
 Despues de olerlo:
 Tu cabeza es hermosa,
 Pero sin seso.

Como este hay muchos.
 Que aunque parecen hombres
 Solo son Bustos.

FÁBULA VIII.

El Raton de la Corte, y el del Campo.

Un raton cortesano
 Convidò con un modo muy urbano

A un raton campesino.
 Diòle gordo tocino,
 Queso fresco de Holanda:
 Y una despensa llena de vianda
 Era su alojamiento;
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magnificamente preparado,
 Aunque fuese en *Ratopolis* buscado
 Con el mayor esmero,
 Para alojar á *Rocpan primero*.
 Sus sentidos allí se recreaban;
 Las paredes, y techos adornaban,
 Entre mil ratonescas golosinas,
 Salchichones, pernils y cecinas.
 Saltaban de placer, ¡ó que embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.
 En esta situacion tan lisongera
 Llega la despensera.
 Oyen el ruido, corren, se agazapan,
 Pierden el tino, mas al fin se escapan
 Atropelladamente
 Por cierto pasadizo abierto á diente.
 ¡Esto tenemos, dijo el campesino,
 Reniego yo del queso, del tocino,
 Y de quien busca gustos
 Entre los sobresaltos y los sustos.
 Volvióse à su campaña en el instante,
 Y estimò mucho mas de allí adelante,
 Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.

FÁBULA IX.

El Herrero y el Perro.

Un Herrero tenia
 Un Perro que no hacia
 Sino comer, dormir y estarse echado,
 De la casa jamás tuvo cuidado;
 Levantábase solo á mesa puesta,
 Entonces con gran fiesta
 Al dueño se acercaba,
 Con perrunas caricias lo halagaba,
 Mostrando de cariño mil excesos
 Por pillar las piltrafas, y los huesos.
 He llegado á notar, le dijo el Amo,
 Que aunque nunca te llamo
 A la mesa, te llegas prontamente;
 En la fragua jamás te ví presente;
 Y yo me maravillo,
 De que no despertándote el martillo.
 Te desveles al ruido de mis dientes.
 Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes,
 Que el Amo hecho un gañán, y sin reposo,
 Te mantiene á lo Conde muy ocioso.
 El Perro le responde:
 ¿Qué mas tiene que yo cualquiera Conde?
 Para no trabajar debo al destino
 Haber nacido Perro y no Pollino.
 Pues, señor Conde: fuera de mi casa,
 Verás en las demás lo que te pasa

En efecto salió á probar fortuna,
 Y las casas anduvo de una en una.
 Allí le hacen servir de centinela,
 Y que pase la noche toda en vela;
 Acá de lazarillo y de danzante,
 Allá dentro de un torno á cada instante
 Asa la carne que comer no espera.
 Al cabo conoció de esta manera,
 Que el destino, y no es cuento,
 A todos nos cargó como al Jumento.

FÁBULA X.

La Zorra y la Cigüeña.

Una Zorra se empeña
 En dar una comida á la Cigüeña.
 La convidó con tales espresiones,
 Que anunciaban sin duda provisiones
 De lo mas excelente y exquisito.
 Acepta alegre, va con apetito;
 Pero encontró en la mesa solamente
 Gigote claro, sobre chata fuente.
 En vano á la comida picoteaba,
 Pues era para el guiso, que miraba,
 Inútil tenedor su largo pico.
 La Zorra con la lengua y el hocico
 Limpió tambien su fuente, que pudiera
 Servir de fregatriz, si á Holanda fuera.
 Mas de allí á poco tiempo convidada

De la Cigüeña, halla preparada
 Una redoma de gigote llena;
 Allí fué su afliccion, allí su pena:
 El hocico goloso al punto asoma
 Al cuello de la hidrópica redoma,
 Más en vano, pues era tan estrecho,
 Cual si por la Cigüeña fuese hecho.
 Envidiosa de ver que á conveniencia
 Chupaba la del pico á su presencia;
 Vuelve, tiente, discurre,
 Huele, se desatina, en fin se aburre.
 Marchó rabo entre piernas tan corrida
 Que ni aun tuvo siquiera la salida
 De decir: *estan verdes*, como antaño.

Tambien hay para pícaros engaño.

FÁBULA XI.

Las Moscas.

A un panal de rica miel
 Dos mil Moscas acudieron,
 Que por golosas murieron
 Presas de patas en él
 Otras dentro de un pastel
 Enterró su golosina;
 Así bien se examina,
 Los humanos corazones

Perecen en las prisiones
 Del vicio, que los domina.

FÁBULA XII.

El Leopardo, y las Monas.

No à pares, à docenas encontraba
 Las Monas en Tetuan, cuando cazaba
 Un Leopardo. apenas lo veian
 À los árboles todas se subian,
 Quedando del contrario tan seguras,
 Que pudiera decir: no están maduras,
 El cazador astuto se hace el muerto
 Tan vivamente, que parece cierto.
 Hasta las viejas monas
 Alegres en el caso, y juguetonas
 Empiezan à saltar; la mas osada
 Baja; arrimase al muerto de callada;
 Mira, huele, y aun tiente,
 Y grita muy contenta:
 Llegad, que muerto está de todo punto,
 Tanto que empieza à oler el tal difunto.
 Bajan todas con bulla y algazara:
 Ya le tocan la cara,
 Ya le saltan encima,
 Aquella se le arrima,
 Y haciendo mimos à su lado queda:
 Otra se finge muerta, y lo remedada.
 Mas luego que las siente fatigadas

De correr, de saltar y hacer monadas
Levántase ligero,

Y mas que nunca fiero

Pilla, mata, devora, de manera

Que parecia la sangrienta fiera,

Cubriendo con los muertos la campaña,

Al Cid matando moros en España:

Es el peor enemigo el que aparenta

No poder causar daño; porque intenta,

Inspirando confianza,

Asegurar su golpe de venganza.

FÁBULA XIII.

El Ciervo en la fuente.

Un Ciervo se miraba

En una hermosa cristalina fuente:

Placentero admiraba

Los enramados cuernos de su frente:

Pero al ver sus delgadas largas piernas

Al alto cielo daba quejas tiernas.

¡O dioses! ¿á qué intento

A esta fábrica hermosa de cabeza

Construis su cimientó

Sin guardar proporcion en la belleza?

¡Ó qué pesar! ¡ó qué dolor profundo!

No haber gloria cumplida en este mundo!

Hablando de esta suerte

El Ciervo, vió venir á un Lebrél fiero,

Por evitar su muerte

Parte al espeso bosque muy ligero;

Pero el cuerno retarda su salida

Con una y otra rama entretegida.

Mas libre del apuro

A duras penas, dijo con espanto:

Si me veo seguro,

Pese á mis cuernos, fué por correr tanto:

Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,

Haga mis feos pies el cielo eternos

Asi frecuentemente

El hombre se deslumbra con lo hermoso:

Elige lo aparente,

Abrazando tal vez lo mas dañoso:

Pero escarmiente ahora en tal cabeza,

El útil bien, es la mejor belleza.

FABULA XIV.

El Leon y la Zorra.

Un Leon en otro tiempo poderoso,

Ya viejo y achacoso,

En vano perseguía hambriento y fiero

Al mamon becerrillo y al cordero,

Que trepando por la áspera montaña

Huían libremente de su saña.

Afligido de la hambre á par de muerte


Discurrió su remedio de esta suerte:

Hace correr la voz de que se hallaba

Enfermo en su palacio, y deseaba
 Ser de los animales visitado.
 Acudieron algunos de contado;
 Mas como el grave mal que lo postraba
 Era una hambre voráz, tan solo usaba
 La receta esquisita
 De engullirse al *Monsieur* de la visita.
 Acércase la *Zorra* de callada,
 Y á la puerta asomada
 Atisba muy de espacio
 La entrada de aquel cóncavo palacio.
 El Leon la divisó, y en el momento
 La dice: ven acá, pues que me siento
 En el último instante de mi vida,
 Visitame como otros, mi querida.
 ¡Cómo otros! ah Señor: he conocido
 Que entraron sí, pero que no han salido.
 Mirad, mirad la huella;
 Bien claro lo dice ella:
 Y no es bien el entrar dó no se sale.
 La prudente cautela mucho vale.

FÁBULA XV.

La Cierva y el Cervato.

 una Cierva decia
 Su tierno Cervatillo: madre mia:
 ;Es posible que un perro solamente
 Al bosque te haga huir cobardemente,

Siendo él mucho menor, menos pujante!
 ;Por qué no has de ser tú mas arrogante?
 Todo es cierto, hijo mio;
 Y cuando así lo pienso, desafío
 Á mis solas á veinte perros juntos.
 Figúrome luchando, y que difuntos
 Dejo á los unos, que otros falleciendo,
 Pisándose las tripas, van huyendo
 En vano de la muerte,
 Y á todos venzo de gallarda suerte.
 Mas si embebida en este pensamiento
 Á un perro ladrar siento,
 Escapo mas ligera que un venablo,
 Y mi victoria se la lleva el diablo.

Á quien no sea de ánimo esforzado
 No armarlo de soldado;
 Pues por mas que al mirarse la armadura
 Piense en tiempo de paz, que su bravura
 Herirá, matará cuanto acometa;
 En oyendo en campaña la trompeta,
 Hará lo que la Corza de la historia,
 Mas que el diablo se lleve la victoria.

FÁBULA XVI.

El Labrador y la Cigüeña.

Un labrador miraba
 Con duelo su sembrado,
 Porque Gansos y Grullas
 De su trigo solían hacer pasto.
 Armó sin mas tardanza
 Diestramente sus lazos.
 Y cayeron en ellos
 La Cigüeña, las Grullas y los Gansos,
 Señor rústico, dijo
 La Cigüeña temblando,
 Quiteme las prisiones,
 Pues no merezco pena de culpados:
 La diosa Cères sabe,
 Que lejos de hacer daño,
 Limpio de sabandijas,
 De culebras y víboras los campos.
 Nada me satisface,
 Respondió el hombre airado:
 Te hallé con delincuentes,
 Con ellos morirás entre mis manos.

La inocente Cigüeña,
 Tuvo el fin desgraciado,
 Que pueden prometerse
 Los buenos que se juntan con los malos.

FABULA XVII.

La Serpiente y la Lima.

En casa de un cerrajero
 Entró la Serpiente un dia,
 Y la insensata mordía
 En una Lima de acero.
 Dijole la Lima: el mal
 Necia serà para tí,
 ¿Cómo has de hacer mella en mí
 Que hago polvos de metal?
 Quien pretende sin razon
 Al mas fuerte derribar,
 No consigue sino dar
 Coces contra el aguijon.

FÁBULA XVIII.

El Calvo y la Mosca.

Picaba impertinente
 En la espaciosa calva de un anciano,
 Una Mosca insolente,
 Quiso matarla, levantó la mano;
 Tiró un cachete, pero fuese salva,
 Hiriendo el golpe la redonda calva.
 Con risa desmedida
 La mosca prorrumpió: Calvo maldito
 Si quitarme la vida

Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas à tu brazo
Barbaro ejecutor de tal porrazo?

Al que obra con malicia,
Le respondió el varon prudentemente,
Rigurosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien ejercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
Sabe, Mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condicion humana,
Segun la mano de donde ha venido:
Que el grado de la ofensa tanto asciende
Cuanto sea mas vil aquel que ofende.

FÁBULA XIX.

Los dos Amigos y el Oso.

A dos Amigos se aparece un Oso:
El uno muy medroso
En las ramas de un árbol se asegura:
El otro abandonado à la ventura
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, segun se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca;
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento,

Y asi se fué diciendo sin recelo:
Este tan muerto está como mi abuelo.
Entonces el cobarde
De su grande amistad haciendo alarde,
Del árbol se desprende muy ligero.
Corre, llega y abraza al compañero;
Pondera la fortuna
De haberlo hallado sin lesion alguna:
Y al fin le dice: sepas que he notado
Que el Oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser? diréte lo que ha sido:
Estas dos palabritas al oido:
Aparta tu amistad de la persona
Que si te ve en el riesgo te abandona.

FÁBULA XX.

El Águila, la Gata y la Javalina.

Una Águila anidò sobre una encina,
Al pie criaba cierta Javalina;
Y era un hueco del tronco corpulento
De una Gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del Águila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
¡Ay mísera de mí! ¡ay infelice!
Este si que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el dia pasa

Ozando los cimientos de la casa.
 La arruinará; y en viendo la traidora
 Por tierra á nuestros hijos los devora.
 Despues que dejó al Águila asustada,
 Á la cueva se baja de callada,
 Y dice à la Cerdosa: buena amiga,
 Has de saber que el Aguila enemiga,
 Quando saques tus crias hácia el monte,
 Las ha de devorar; así dispone.
 La Gata aparentando que temia
 Se retiró á su cuarto, y no salia
 Sino de noche que con maña astuta
 Abastecia su pequeña gruta.
 La Javalina con tan triste nueva
 No salió de su cueva.
 El Águila en el ramaje temerosa
 Haciendo centinela no reposa.
 En fin, á ambas familias la hambre mata,
 Y de ellas hizo viveres la Gata.

Jóvenes: ojo alerta: gran cuidado;
 Que un chismoso en amigo disfrazado,
 Con capa de amistad cubre sus trazas,
 Y así causan el mal sus añagazas.

LIBRO SEGUNDO.

FABULA I.

El Leon con su Ejército.

A DON JAVIER MARIA DE MUNIBE E IDIAQUEZ,
 CONDE DE PEÑAFLORIDA, DIRECTOR PERPETUO
 DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS
 AMIGOS DEL PAÍS.

Mientras que con la espada en mar y tierra
 Los ilustres varones
 Engrandecen su fama por la guerra
 Sojuzgando naciones,
 Tu, Conde, con la pluma y el arado
 Ya enriqueces la Patria, ya la instruyes;
 Y haciendo venturosos has ganado
 El bien que buscas y el laurel que huyes.
 Con darte todo al bien de los humanos
 No contento su celo,
 Supo unir á los nobles ciudadanos
 Para felicidad del pátrio suelo.
 La Hormiga codiciosa
 Trabaja en sociedad fructuosamente;
 Y la Abeja oficiosa
 Labra siempre ayudada de su gente.
 Así únes á los hombres laboriosos,

Para hacer sus trabajos mas fructuosos.
 Aquel viaja observando
 Por las naciones cultas:
 Este con esperiencia va mostrando
 Las útiles verdades mas ocultas.
 Cual cultiva los campos, cual las ciencias;
 Y de diversos modos,
 Juntando estudios, viajes y esperiencias,
 Resulta el bien en que trabajan todos,
 ¡En qué trabajan todos! ya lo dije:
 Por mas que yo tambien sea contado.
 El sábio PRESIDENTE que nos rige
 Tiene aun á el mas útil ocupado.
 Darne, CONDE, querias un destino
 Al contemplarme ocioso, é ignorante;
 Era difícil; mas al fin tu tino
 Encontró un génio en mi versificante,
 A *Fedro* y la *Fontayne* por modelos
 Me pusiste á la vista,
 Y hallaron tus desvelos
 Que pudiera ensayarme á fabulista.
 Y pues viene al intento
 Pasemos al ensayo: va de cuento.

El Leon Rey de los bosques poderoso
 Quiso armar un ejército famoso.
 Juntó sus animales al instante:
 Empezó por cargar al elefante
 Un castillo con útiles; y encima
 Rabiosos lobos, que pusiesen grima.
 Al oso le encargó de los asaltos,

Al mono con sus gestos y sus saltos
 Mandó que al enemigo entretuviese;
 A la zorra que diese
 Ingeniosos ardidés al intento.
 Uno gritó: la liebre y el jumento,
 Este por tardo, aquella por medrosa,
 De estorbo servirán no de otra cosa.
 ¿De estorbo? (dijo el Rey) yo no lo creo:
 En la Liebre tendrémós un correo:
 Y en el asno mis tropas un trompeta.
 Así quedó la armada bien completa.

Tu retrato es el Leon, CONDE prudente,
 Y si á tu imitacion, segun deseo,
 Examinan los gefes á su gente,
 Á todos han de dar útil empleo,
 ¿Por qué no lo han de hacer? ¿habrá eucaña,
 Como no hallar ociosos en España?

FÁBULA II.

La Lechera.

Llevaba en la cabeza
 Una Lechera el cántaro al mercado
 Con aquella presteza,
 Aquel aire sencillo, aquel agrado.
 Que va diciendo á todo el que lo advierte,
 ¡Yo si que estoy contenta con mi suertel!
 Porque no apetecia
 Mas compañía que su pensamiento,
 Que alegre la ofrecia
 Inocentes ideas de contento;

Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre sí de esta manera:

Esta leche vendida
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida

Un canastro de buevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos que al estío
Me rodeen cantando el *pio, pio*.

Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un cochino,
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.

Llevaré al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado

Una robusta vaca y un ternero
Que salta y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano a la cabaña.

Con este pensamiento
Enagenada brinca de manera,
Que á su salto violento

El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasion! á Dios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.

Ó loca fantasía
¡Qué Palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría

No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre tu cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor ó mas próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

FÁBULA III.


El Asno sesudo.

Cierto burro pacia
En la fresca y hermosa praderia
Con tanta paz como si aquella tierra
No fuese entonces teatro de la guerra.
Su dueño que con miedo lo guardaba
De centinela en la ribera estaba:
Divisa al enemigo en la llanura;
Baja, y al buen borrico le conjura
Que huya precipitado.
El Asno muy sesudo y reposado
Empieza á andar á paso perezoso.
Impaciente su dueño, y temeroso
Con el marcial ruido
De hélicas trompetas al oído,
Le exhorta con fervor á la carrera:
¡Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera;
Que llegue enborabuena Marte fiero:
Me rindo, y él me lleva prisionero.
¿Servir aquí, ó allí no es todo uno?
¿Me pondrán dos albardas? no, ninguno.
Pues nada pierdo, nada me acobarda,

Siempre serè un esclavo con albarda.
 No estuvo mas en sí, ni mas entero
 Que el buen pollino Amiclas, el banquero
 Cuando en su humilde choza lo despierta
 César con sus soldados à la puerta,
 Para que à la Catabria los guiase.
 ¿Se podria encontrar quien no temblase
 Entre los poderosos
 De insultos militares horrorosos
 De la guerra enemiga?
 No hay sino la pobreza que consiga
 Esta gran exencion: de aqui le viene,
 Nada teme perder quien nada tiepe.

FÁBULA IV.


El Zagal y las Ovejas.

 Pacentando un jòven su ganado,
 Gritò desde la cima de un collador:
 Favor: que viene el lobo, labradores.
 Estos abandonando sus labores
 Acuden prontamente,
 Y hallan que es una chanza solamente.
 Vuelve à clamar, y temen la desgracia!
 Segunda vez los burla; linda gracia!
 ¿Pero que sucedió la vez tercera?
 Que vino en realidad la hambrienta fiera:
 Entonces el Zagal se desgañita,
 Y por mas que patea, llora y grita,
 No se mueve la gente escarmentada,

Y el lobo le devora la manada
 ¡Cuántas veces resulta de un engaño,
 Contra el engañador el mayor daño!

FÁBULA V.

El Aguila, la Corneja, y la Tortuga.

 una Tortuga un Águila arrebató:
 La ladrona se apura, y desbarató
 Por hacerla pedazos,
 Ya que no con la garra à picotazos.
 Viéndola una Corneja en tal faena
 La dice: en vano tomas tanta pena:
 ¿No ves que es la Tortuga cuya casa
 Diente, cuerno, ni pico la traspasa:
 Y si siente que llaman à su puerta
 Se finge la dormida, sorda ò muerta?
 ¿Pues qué he de hacer? remontarás tu vuelo;
 Y en mirándote allà cerca del cielo
 La dejarás caer sobre un peñasco,
 Y se hará una tortilla el duro casco.
 El Águila, porque diestra lo ejecuta,
 Y la Corneja astuta,
 Por autora de aquella maravilla,
 Juntamente comieron la tortilla.

¿Qué podrá resistirse à un poderoso
 Guiado de un consejo malicioso?
 De estos tales se aparta el que es prudente;

Y así por escaparse de esta gente
Las descendientes de la tal Tortuga
A cuevas ignoradas hacen fuga.

FÁBULA VI.

El Lobo y la Cigüeña.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
Un Lobo con un hueso atragantado,
Si á la sazón no pasa una Cigüeña.
El paciente la vé: le hace señá:
Llega, y ejecutiva
Con su pico geringa primitiva,
Cual diestro cirujano
Hizo la operacion, y quedó sano.
Su salario pedia,
Pero el ingrato Lobo respondia:
¿Tu salario? ¿pues que mas recompensa,
Que el no haberte causado leve ofensa,
Y dejarte vivir para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes?
Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir *tus* ni *mus* la susodicha.

Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quien; pero es muy llano,
Que no tiene razon ni por asomo;

Es menester saber á quien y cómo.
El egeemplo siguiente
Nos hará la verdad mas evidente.

FÁBULA VII.

El Hombre y la Culebra.

Una Culebra que de frio yerta
En el suelo yacia medio muerta
Un labrador cogió, mas fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

FÁBULA VIII.

El pájaro herido de una flecha.

Un Pájaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero,
Y de plumas ligeras,
Decia en su language
Con amargas querellas:
¡O crueles humanos!
Mas crueles que fieras,
Con nuestras propias alas

Que la naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjais el instrumento
De la desdicha nuestra,
Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.

Pero no, no es extraño,
Que así bárbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan y no cesan.
Los unos y otros fraguan
Armas para la guerra:
Y es dar contra sus vidas,
Plumas para las flechas.

FABULA IX.

El Pescador y el Pex.

Recoge un pescador su red tendida,
Y saca un pececillo. Por tu vida,
Esclamó el inocente prisionero,
Dame la libertad, solo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruín; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme mas grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?

Solo por otro tanto
Á un hermanito mio
Un señor Pescador lo tiró al rio.
¿Por otro tanto al rio? ¡qué manía!
Replicó el pescador, ¿pues no sabia
Que el refran castellano
Dice: *mas vale pájaro en la mano.....?*
Á sarten te condeno; que mi panza
No se llena jamás con la esperanza.

FÁBULA X.

El Gorrion y la Liebre.

Un maldito Gorrion así decia
Á una Liebre, que una águila oprimia:
¿No eres tú tan ligera,
Que si el perro te sigue en la carrera,
Lo acarician, y alaban como al cabo
Acerque sus narices á tu rabo?
Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?
De este modo la insulta, cuando viene
El diestro gavilan, y lo arrebatá.
El preso chillá; el prendedor lo mata;
Y la Liebre esclamó: bien merecido.
¿Quien te mandó insultar al afligido?
¿Y á mas, á mas meterte á consejero,
No sabiendo mirar por li primero?

FÁBULA XI.

Júpiter y la Tortuga.

A las bodas de Júpiter estaban
 Todos los animales convidados :
 Unos y otros llegaban
 Á la fiesta nupcial apresurados.
 No faltaba á tan grande concurrencia
 Ni aun la reptil y mas lejana oruga,
 Quando llega muy tarde , y con paciencia,
 Á paso perezoso la Tortuga :
 Su tardanza reprende el dios airado,
 Y ella le respondió sencillamente :
 ¿ Si es mi casita mi retiro amado ,
 Cómo podré dejarla prontamente?
 Por tal disculpa Júpiter tonante ,
 Olvidando el indulto de las fiestas,
 La ley del caracol le echó al instante ;
 Que es andar con la casa siempre á cuestras.

Gentes machuchas hay que hacen alarde
 De que aman su retiro con exceso ;
 Pero á su obligacion acuden tarde :
 Viven como el raton dentro del queso.

FÁBULA XII.

El Charlatan.

Si cualquiera de ustedes
 Se da por las paredes,
 O arroja de un tejado,
 Y queda á buen librar descostillado,
 Yo me reiré muy bien ; importa un pito ,
 Como tenga mi bálsamo exquisito.
 Con esta relacion un chacharero
 Gana mucha opinion y mas dinero ;
 Pues el vulgo pendiente de sus labios
 Mas quiere á un Charlatan que á veinte sabios.
 Por esta conveniencia
 Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
 Que ocupan igualmente acreditados
 Cátedras , academias y tabladros.
 Prueba de esta verdad será un famoso
 Doctor en elocuencia ; tan copioso
 En charlataneria,
 Que ofreció enseñaria
 Á hablar discreto con secundo pico
 En diez años de término á un borrico.
 Sábelo el Rey : lo llama ; y al momento
 Le manda dé lecciones á un jumento :
 Pero bien entendido,
 Que seria, cumpliendo lo ofrecido,
 Ricamente premiado,
 Mas cuando no , que moriria ahorcado.

El doctor asegura nuevamente
 Sacar un orador asno elocuente.
 Dícete callandito un cortesano:
 Escuche buen hermano,
 Su frescura me espanta:
 A cañamo me huele su garganta
 No temais, Señor mio,
 Respondió el Charlatan, pues yo me rio.
 ¿ En diez años de plazo que tenemos,
 El Rey, el asno, ó yo no moriremos?

Nadie encuentra embarazo
 En dar un largo plazo
 A importantes negocios; mas no advierte,
 Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FÁBULA XIII.

El Milano y las Palomas.

A las tristes palomas un Milano,
 Sin poderlas pillar, seguía en vano:
 Mas él à todas horas
 Servía de lacayo à estas señoras.
 Un dia en fin hambriento é ingenioso
 Asi las dice: ¿ amais vuestro reposo,
 Vuestra seguridad y conveniencia?
 Pues creedme en mi conciencia:
 En lugar de ser yo vuestro enemigo,
 Desde ahora me obligo,
 Si la vanda por Rey me aclama luego,

À tenerla en sosiego,
 Sin que de garra, ò pico tema agravio:
 Pues tocante à la paz seré un Octavio.
 Las sencillas Palomas consintieron:
 Aclámanlo por Rey: *viva*, dijeron,
Nuestro Rey el Milano.
 Sin esperar à mas este tirano
 Sobre un vasallo misero se planta:
 Déjalo con el *viva* en la garganta;
 Y continuando así sus tiranias
 Acabó con el Reino en cuatro dias.

Quien al poder se acoje de un malvado
 Será en vez de feliz un desdichado.

FÁBULA XIV.

Las dos Ranas.

Tenian dos Ranas
 Sus pastos vecinos:
 Una en un estanque,
 Otra en un camino.
 Cierta dia à esta
 Aquella le dijo:
 ¡ Es creible, amiga,
 De tu mucho juicio,
 Que vivas contenta
 Entre los peligros,
 Donde te amenazan,
 Al paso preciso,
 Los pies, y las ruedas,

Riesgos infinitos!
 Deja tal vivienda:
 Muda de destino:
 Sigue mi dictamen,
 Y vente conmigo.
 En tono de mofa,
 Haciendo mil mimos,
 Respondió à su amiga;
 ¡ Excelente aviso!
 ¡ A mi novedades!
 Vaya; qué delirio!
 Eso si que fuera
 Darme el diablo ruido.
 ¡ Yo dejar la casa,
 Que fué domicilio
 De padres, abuelos,
 Y todos los míos,
 Sin que haya memoria
 De haber sucedido
 La menor desgracia
 Desde luengos siglos!
 Allà te conpongas;
 Mas ten entendido,
 Que tal vez suceda
 Lo que no se ha visto.
 Llegó una carreta
 À este tiempo mismo,
 Y à la triste Rana
 Tortilla la hizo.

Por hombres de seso
 Muchos hay tenidos,

Que à nuevas razones
 Cierran los oídos.
 Recibir consejos
 Es un desvarío.
 La rancia costumbre
 Suele ser su libro.

FÁBULA XV.

El parto de los montes.

Con varios ademanes horrorosos
 Los montes de parir dieron señales:
 Consintieron los hombres temerosos
 Ver nacer los abortos mas fatales.
 Despues que con bramidos espantosos
 Infundieron pavor à los mortales,
 Estos montes, que al mundo estremecieron,
 Un ratoncillo fué lo que parieron.
 Hay autores que en voces misteriosas,
 Estilo fanfarron y campanudo.
 Nos anuncian ideas portentosas:
 Pero suele à menudo
 Ser el gran parto de su pensamiento,
 Despues de tanto ruido, solo viento.

FÁBULA XVI.

Las Ranas pidiendo Rey,

Sin Rey vivia, libre, independiente
 El pueblo de las Ranas felizmente.
 La amable libertad sola reinaba
 En la inmensa laguna que habitaba:
 Mas las Ranas al fin un Rey quisieron:
 A Júpiter excelso lo pidieron.
 Conoce el dios la súplica importuna,
 Y arroja un Rey de palo à la laguna:
 Debìò de ser sin duda buen pedazo;
 Pues diò su magestad tan gran porrazo,
 Que el ruido atemoriza al reino todo.
 Cada cual se zambulle en agua ó lodo,
 Y quedan en silencio tan profundo,
 Cual si no hubiese Ranas en el mundo.
 Una de ellas asoma la cabeza;
 Y viendo à la real pieza,
 Publica que el monarca es un zoquete.
 Congrégase la turba, y por juguete
 Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
 Y piden otro Rey; que aquel no es bueno.
 El padre de los dioses irritado
 Envia à un culebron, que à diente airado
 Muerde, traga, castiga,
 Y à la misera grey al punto obliga
 A recurrir al dios humildemente.
 Padeded, les responde, eternamente,

Que asi castigo à aquel que no examina
 Si su solicitud será su ruina.

FÁBULA XVII.

El Asno y el Caballo.

Ah! ¡quien fuese Caballo!
 Un Asno melancólico decia:
 Entonces sí que nadie me veria
 Flaco, triste y fatal como me hallo:
 Tal vez un caballero
 Me mantendria ocioso, y bien comido;
 Dándose su merced por muy servido,
 Con corbetas y saltos de carnero.
 Trátanme ahora como vil y bajo:
 De risa sirve mi contraria suerte:
 Quien me apalea mas, mas se divierte;
 Y menos como, cuando mas trabajo.
 No es posible encontrar sobre la tierra
 Infeliz como yo. Tal se juzgaba,
 Cuando al caballo ve como pasaba
 Con ginete, y armas à la guerra.
 Entonces conoció su desatino;
 Rióse de corbetas y regalos,
 Y dijo: que trabaje, y lluevan palos.
 No me saquen los dioses de pollino.

FÁBULA XVIII.

El Cordero y el Lobo.

Uno de los Corderos mamantones,
 Que para los glotonos
 Se crían sin salir jamás al prado,
 Estando en la cabaña muy cerrado,
 Vió por una rendija de la puerta,
 Que el caballero Lobo estaba alerta,
 En silencio esperando astutamente
 Una calva ocasión de echarle el diente.
 Mas él que bien seguro se miraba,
 Así lo probocaba:
 Sepa usted, señor Lobo. que estoy preso,
 Porque sabe el pastor que soy travieso;
 Mas si él no fuese bobo,
 No habría ya en el mundo ningún lobo.
 Pues yo corriendo libre por los cerros,
 Sin pastores ni perros,
 Con sola mi pujanza y valentía
 Contigo, y con tu raza acabaría.
 A dios, exclamó el Lobo, mi esperanza
 De regalar á mi vacía panza,
 Cuando este miserable me provoca
 Es señal de que se halla de mi boca
 Tan libre como el cielo de ladrones.

Así son los cobardes sanfarrones,

Que se hacen en los puestos ventajosos
 Mas valentones, cuanto mas medrosos.

FÁBULA XIX.

Las Cabras y los Chibos.

Desde antaño en el mundo
 Reina el vano deseo
 De parecer iguales
 Á los grandes señores los plebeyos.
 Las Cabras alcanzaron,
 Que Júpiter excelso
 Les diese barba larga
 Para su autoridad y su respeto.
 Indignados los Chibos
 De que su privilegio
 Se estendiese á las Cabras,
 Lampiñas con razon en aquel tiempo;
 Sucedió la discordia,
 Y los amargos zelos
 Á la paz octaviana,
 Con que fué gobernado el barbon pueblo.
 Júpiter dijo entonces,
 Acudiendo al remedio:
 ¿Qué importa que las Cabras
 Disfruten un adorno propio vuestro,
 Si es mayor ignominia
 De su vano deseo
 Siempre que no igualaren
 En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?

El mérito aparente
Es digno de desprecio:
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.

FÁBULA XX.

El Caballo y el Ciervo.

Perseguia un Caballo vengativo
A un Ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo, y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento,
Para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre; y el Caballo airado
Sale con su ginete á la campaña:
Corre con direccion; sigue con maña;
Y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienhechor agradecido:
Quiere marcharse libre de su peso:
Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.

El Caballo que suelto y rozagante
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde este instante.
Oprimido del yugo ara la tierra:
Pasa tal vez la vida mas amarga:

Sufre la silla, freno, espuela, carga;
Y aguanta los horrores de la guerra.

En fin perdió la libertad amable,
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.

LIBRO TERCERO.

FÁBULA I.

El Águila y el Cuervo.

A D. TOMÁS DE IRIARTE.

En mis versos, IRIARTE,
 Ya no quiero mas arte,
 Que poner á los tuyos por modelo.
 A competir anhelo
 Con tu númen, que el sábio mundo admira
 Si me prestas tu lira,
 Aquella en que tocaron dulcemente
Música, y poesia juntamente.
 Esto no puede ser, ordena Apolo,
 Que digno solo tú, la pulses solo.
 ¿Y por qué solo tú? ¿pues cuando menos
 No he de hacer versos fáciles, amenos,
 Sin ambicioso ornato?
 ¿Gastas otro poético aparato?
 Si tú sobre el parnasó te empinases,
 Y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera.
 GÓNGORA que te siga, te dijera:
 Pero si vas marchando por el llano,
 Cantándonos en verso castellano
 Cosas claras, sencillas, naturales;

Y todas ellas tales,
 Que aun aquel que no entiende poesia
 Dice: *eso yo tambien me lo diria;*
 ¿Por qué no he de imitarle, y aun acaso
 Antes que tú trepar por el Parnaso?
 No imploras las sirenas, ni las musas:
 Ni de númenes usas:
 Ni aun siquiera confias en Apolo.
 A la naturaleza imploras solo;
 Y ella sábia te dicta sus verdades.
 Yo te imito: no invoco á las deidades;
 Y por mejor consejo,
 Sea mi sacro númen cierto viejo.
 Esopo digo. Dictame machucho,
 Una de tus patrañas que te escucho.

Un Aguila rapante,
 Con vista perspicaz, rápido vuelo,
 Descendiendo veloz de junto al cielo,
 Arrebatò un cordero en un instante.
 Quiere un Cuervo imitarla: de un carnero
 En el vellon sus uñas hacen presa:
 Queda enredado entre la lana espesa,
 Como pájaro en liga prisionero.
 Hacen de él los pastores vil juguete,
 Para castigo de su intento necio.
 Bien merece la burla, y el desprecio
 El Cuervo que á ser Aguila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
 Y astutamente así me desengaña.
 Esa facilidad, esa destreza,
 Con que arrebató el Aguila su pieza,
 Fué la que engañó al Cuervo, pues creía
 Que otro tanto á lo menos él haría.
 ¿Mas qué logró? servirme de escarmiento;
 ¡Ojalá! que sirviese á mas de ciento
 Poetas de mal gusto inficionados;
 Y dijesen, cual yo, desengañados:
 El Aguila eres tú, divino IRIARTE,
 Ya no pretendo mas sino admirarte:
 Sea tuyo el lanrel, tuya la gloria;
 Y no sea yo el Cuervo de la historia.

FABULA II.

Los animales con peste.

En los montes, los valles y collados
 De animales poblados,
 Se introdujo la peste de tal modo,
 Que en un momento lo inficiona todo.
 Allí donde su corte el Leon tenia
 Mirando cada dia
 Las cazerias, luchas y carreras
 De mansos brutos, y de bestias fieras,
 Se veian los campos ya cubiertos
 De enfermos miserables, y de muertos.
 Mis amados hermanos:
 Esclamó el triste Rey: mis cortesanos:
 Ya veis que el justo cielo nos óbliga

Á implorar su piedad, pues nos castiga
 Con tan horrenda plaga:
 Tal vez se aplacará con que se lo haga,
 Sacrificio de aquel mas delincuente,
 Y muera el pecador, no el inocente.
 Confiese todo el mundo su pecado.
 Yo, cruel, sanguinario he devorado
 Inocentes corderos,
 Ya vacas, ya terneros:
 Y he sido á fuerza del delito tanto
 De la selva terror, del bosque espanto.
 Señor, dijo la Zorra: en todo eso
 No se halla mas exceso
 Que el de vuestra bondad, pues que se digna
 De teñir en la sangre ruin, indigna
 De los viles, cornudos Animales
 Los sacros dientes, y las uñas reales.
 Tratò la corte al Rey de escrupuloso.
 Allí del Tigre, de la Onza y Oso
 Se oyeron confesiones.
 De robos, y de muertes á millones;
 Mas entre la grandeza, sin lisonja,
 Pasaron por escrupulos de monja.
 El Asno sin embargo muy confuso
 Prorrumpió: yo me acuso
 Que al pasar por un trigo este verano,
 Yo hambriento, y él lozano,
 Sin guarda, ni testigo
 Caí en la tentacion; comi del trigo.
 ¡Del trigo! ¡y un jumento!
 ¡Gritó la Zorra, horrible atrevimiento!
 Los cortesanos claman: este, este

Irrita al cielo que nos da la peste.
 Pronuncia el Rey de muerte la sentencia,
 Y ejecutóla el Lobo á su presencia.
 Te juzgarán virtuoso:
 Si eres aunque perverso, poderoso;
 Y aunque bueno, por malo detestable,
 Cuando te miran pobre miserable.
 Esto hallará en la córte, quien la vea,
 Y aunque en el mundo todo. ¡Pobre Astreal!

FÁBULA III.

El Milano enfermo.

Un milano despues de haber vivido
 Con la conciencia peor que un foragido,
 Enfermó gravemente.
 Supuesto que el paciente
 Ni á Galeno, ni á Hipócrates leia,
 A bulto conoció que se moria.
 A los dioses desea ver propicios,
 Y ofrecerles entonces sacrificios
 Por medio de su madre, que afligida
 Rogaría sin duda por su vida.
 Mas esta le responde: desdichado,
 ¿Cómo podrè alcanzar para un malvado
 De los dioses clemencia,
 Si en vez de darles culto y reverencia,
 Ni aun perdonaste á víctima sagrada
 En las aras divinas inmolada?

Asi queremos irritando al cielo
 Que en la tribulacion nós dè consuelo.

FÁBULA IV.

El Leon envejecido.

Lo miserable estado
 De una cercana muerte reducido.

Estaba ya postrado
 Un viejo Leon del tiempo consumido;

Tanto mas infeliz y lastimoso,
 Cuanto habia vivido mas dichoso,
 Los que cuando valiente

Humildes le rendian vasallage;
 Al verlo decadente,

Acuden á tratarlo con ultrage;
 Que como la experiencia nos enseña,

De árbol caido todos hacen leña.
 Cebados á porfia

Le sitiaban sangrientos y feroces.
 El lobo le mordia:

Tirábale el caballo fuertes coces.
 Luego le daba el toro una cornada;

Despues el javali su dentellada.
 Sufrió constantemente

Estos insultos; pero reparando
 Que hasta el asno insolente

Iba á ultrajarle, falleció clamando:
 Esto es doble morir: no hay sufrimiento,
 Porque muero injuriado de un jumento.

Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado:
Con misera caída
Desde donde lo había ella encumbrado;
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si aun de los viles llega á ser juguete?

FABULA V.

La Zorra y la Gallina.

Una Zorra cazando,
De corral en corral iba saltando;
A favor de la noche en una aldea
Oye el gallo cantar: maldito sea.
Agachada, y sin ruido,
A merced del olfato y del oído,
Marcha, llega, y oliendo á un agujero,
Este es, dice, y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una
Que estaba en cesto como niño en cuna
Enferma gravemente.
Mirándola la Zorra astutamente,
La pregunta: ¿qué es eso pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿tienes pépita?
Habla; ¿cómo lo pasas, desdichada?
La enferma la responde apresurada:
Muy mal me va, Señora, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.
Cuantas veces se vende un enemigo

Como gato por liebre, por amigo;
Al oír su fingido cumplimento,
Respondiérale yo para escarmiento:
*Muy mal me va, Señora, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.*

FÁBULA VI.

La Cierva y el Leon.

Mas ligera que el viento

Precipitada huía

Una inocente Cierva

De un cazador seguida.

En una obscura gruta,

Entre espesas encinas,

Atropelladamente

Entró la fugitiva.

¡Mas ay! que un Leon sañudo,

Que allí mismo tenia

Su albergue, y era susto

De la selva vecina.

Cogiendo entre sus garras

A la res fugitiva,

Dió con cruel fiereza

Fin sangriento á su vida.

Si al evitar los riesgos

La razon no nos guia,

Por huir de un tropiezo

Damos mortal caída.

FÁBULA VII.

El Leon enamorado.

Amaba un Leon á una zagala hermosa:
 Pidióla por esposa
 A su padre pastor urbanamente.
 El hombre temeroso, mas prudente
 Le respondió: señor, en mi conciencia,
 Que la muchacha logrará conveniencia;
 Pero la pobrecita acostumbrada
 A no salir del prado y la majada,
 Entre la mansa oveja y el cordero,
 Recelará tal vez, que seas fiero.
 No obstante, bien podremos, si consientes,
 Cortar tus uñas y limpiar tus dientes;
 Y así verá que tiene tu grandeza
 Cosas de magestad, no de fiereza.
 Consiente el manso Leon enamorado,
 Y el buen hombre le deja desarmado:
 Da luego su silvido:
 Llegan el *matalobos* y *atrevido*,
 Perros de su cabaña; de esta suerte
 Al indefenso Leon, dieron la muerte.
 Un cuarto apostaré á que en este instante
 Dice, hablando del Leon, algún amante,
 Que de la misma muerte haría gala,
 Con tal que se le diese la zagala.
 Deja, Fabio, al amor, déjale luego:
 Mas hablo en vano, porque siempre ciego
 No ves el desengaño,
 Y así te entregas á tu propio daño.

FÁBULA VIII.

Congreso de los Ratonos.

Desde el gran *Zapiron el blanco y rubio*,
 Que despues de las aguas del diluvio
 Fué padre *Universal de todo gato*,
 Ha sido *Miauragato*
 Quien mas sangrientamente
 Persiguió á la infeliz ratona gente.
 Lo cierto es que obligada
 De su persecucion la desdichada,
 En *Ratopolis* tuvo su congreso.
 Propuso el elocuente *Roequeso*
 Echarle un cascavel, y de esa suerte
 Al ruido escaparian de la muerte.
 El proyecto aprobaron uno á uno.
 ¿Quién lo há de ejecutar? eso ninguno.
 Yo soy corto de vista. Yo muy viejo.
 Yo gotoso, decian. El consejo
 Se acabó como muchos en el mundo.
 Proponen un proyecto sin segundo:
 Lo aprueban: hacen otro. ¡Qué portentoso!
 ¿Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

FÁBULA IX.

El Lobo y la oveja.

Cruzando montes, y trepando cerros

Aqui mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.

Mordido, y arrastrado.

Fuè de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente:
Mas inválido al fin y derrotado,

Iba el tiempo curando su dolencia:

El hambre al mismo paso le afligia;
Pero como cazar aun no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.

Una oveja pasaba, y él la dice:
Amiga, ven acá, llega al momento:
Enfermo estoy, y muero de sediento:

Socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quieres que yo vaya à llevarte?

Le responde la oveja recelosa,
Dime pues una cosa:

¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,

Abrir el apetito,

Y tragarme despues como à un pollito?
Anda, que te conozco marrullero.

Asi dijo, y se fué, sino la mata:
¿Cuánto importa saber con quien se trata!

XI FÁBULA X.

El Hombre y la pulga.

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,

Y haz disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linage humano;
Y si vos no lo haceis, Hércules sea
Quien acabe con él, y su ralea.
Este es un hombre que á los dioses clama,
Porque una pulga le picó en la cama;
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter y Hércules consiga,
De este que viva despulgando sayos;
De aquel matando pulgas con sus rayos.

Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas y en los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

FÁBULA XI.

El Cuervo y la Serpiente.

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,
Y al quererse cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. Sepa el cuento
Quien sigue su apetito incautamente.

FÁBULA XII.

El Asno y las Ranas.

Muy cargado de leña un Burro viejo,
Triste amazon de huesos y pellejo.

Pensativo, según lo cabizbajo,
 Caminaba llevando con trabajo
 Su débil fuerza la pesada carga;
 El paso tardo, la carrera larga;
 Todo al fin contra el misero se empeña,
 El camino, los años y la leña.
 Entra en una laguna el desdichado,
 Queda profundamente empantanado.
 Viéndose de aquel modo,
 Cubierto de agua y lodo,
 Trocando lo sufrido en impaciente,
 Contra el destino dijo neciamente
 Espresiones ajenas de sus cañas;
 Mas las vecinas Ranas
 Al oír sus lamentos y quejidos,
 Las unas se tapaban los oídos,
 Las otras, que prudentes le escuchaban,
 Reprehendíanle así, y aconsejaban:
 Aprenda el mal Jumento
 A tener sufrimiento,
 Que entre las que habitamos la laguna
 Ha de encontrar lección muy oportuna.
 Por Júpiter estamos condenadas
 A vivir sin remedio encenegadas
 En agua detenida y lojo espeso;
 Y á mas de todo eso
 Aquí perpetuamente nos encierra,
 Sin esperanza de correr la tierra;
 Cruzar el anchuroso mar profundo;
 Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
 Mas llevamos á bien nuestro destino;
 Y así nos premia Júpiter divino,

Repartiendo entre todas cada día
 La salud, el sustento y alegría.
 Es de suma importancia
 Tener en los trabajos tolerancia;
 Pues la impaciencia en la contraria suerte
 Es un mal mas amargo que la muerte.

FÁBULA XIII.

El Asno y el Perro.

Un Perro y un Borrico caminaban
 Sirviendo á un mismo dueño:
 Rendido este del sueño
 Se tendió sobre el prado que pasaban:
 El Borrico entretanto aprovechado
 Descansa, y pace; mas el Perro hambriento,
 Bájate, le decía, buen Jumento,
 Pillaré de la alforja algun bocado;
 El Asno se le aparta como en chanza;
 El Perro sigue al lado del Borrico,
 Levantando las manos y el ocico
 Como Perro de ciego cuando danza:
 No seas bobo, el Asno le decía:
 Espera á que nuestro amo se despierte,
 Y será de esa suerte.
 El hambre mas, mejor la compañía:
 Desde el bosque entretanto sale un Lobo:
 Pide el Asno favor al compañero:
 En lugar de ladrar el marrullero
 Con fisga respondió: *no seas bobo:*

Espera á que nuestro amo se despierte,

Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia,
Al ver al Lobo que te da la muerte,
El Pollino murió: no hay que dudarle;
Mas si resucitára, no hay que dudarle;
Corriendo el mundo á todos predicára:
Prestad auxilio, si quereis hablarlo.

FÁBULA XIV.

El Leon y el Asno cazando.

Su magestad Leonesa en compañía
De un Borrico se sale á montería,
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo Leon una enramada,
Mandó al Asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
Como trompa de caza en el ogeo,
Logró el Rey su deseo,
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetían,
A su selvoso albergue se volvían
Precipitadamente.
Las fieras enemigas juntamente;
Y en su cobarde huida
En las garras del Leon pierden la vida.
Cuando el Asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo: par diez si llego mas temprano,

A ningun muerto deje hueso sano:
Á tal fanfarronada;
Soltó el Rey una grande carcajada;
Y es que jamás convino
Hacer del andaluz el vizcaino.

FÁBULA XV.

Lo que jamás se ha visto, ni se ha oído
Verán ustedes, atención les pido.
Asi decia un Charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto: quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó á un cochinito de tal modo,
Que el auditorio todo
Creyendo que le tiene, y que le tapa,
Atumultuado grita: fuera capa.
Descubrióse, y al ver que nada habia,
Con vítores lo aclaman á porfia,
Par diez, dijo un patán, que yo prometo
Para mañana, hablando con respeto,
Hacer el puerco mas perfectamente;
Si no que me lo claven en la frente.
Con risa prometió la concurrencia
Á burlarse del payo su asistencia.
Llegó la hora, todos acudieron:
No bien al Charlatan gruñir oyeron
Gentes á su favor preocupadas,
Viva, dicen al son de las palmadas.

Sube despues el Rústico al tablado
 Con un bulto en la capa; y embozado
 Imita al Chárlatan en la postura
 De fingir que un lechon tapar procura:
 Mas estaba la gracia, en que era el bulto
 Un marranillo que tenia oculto.
 Tirale callandito de la oreja:
 Gruñendo en tiple, el animal se queja;
 Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
 Aquí se oia un *fuera*, allí un silvido,
 Y todo el mundo queda
 En que es el otro quien mejor remeda.
 El rústico descubre su marrano:
 Al público le enseña, y dice ufano:
 ¿Asi juzgan ustedes?
 ¡O preocupacion, y quanto puedes!

LIBRO CUARTO.

FABULA I.

La Mona corrida.

EL AUTOR Á SUS VERSOS.

Fieras, aves y peces
 Corren, vuelan y padan,
 Porque Júpiter sumo
 Á general congreso á todos llama.
 Con sus hijos se acercan,
 Y es que un premio señala
 Para aquel cuya prole
 En hermosura lleve la ventaja.
 El alto regio trono
 La multitud cercaba
 Cuando en la concurrencia
 Se sentia decir: *la Mona falta.*
 Ya llega: dijo entonces
 Una habladora Urraca,
 Que como centinela,
 En la alta punta de un ciprés estaba.
 Entra rompiendo filas
 Con su cachorro ufana,
 Y ante el excelso trono
 El premio pide de hermosura tanta.
 El dios Júpiter quiso
 Al ver tan fea traza,

Disimular la risa,
 Pero se le soltó la carcajada.
 Armóse en el concurso
 Tal bulla y algazara,
 Que corrida la Mona
 A Tetuan se volvió desengañada.

¿ Es creible, señores,
 Que yo mismo pensara
 En consagrar à Apolo
 Mis versos, como dignos de su gracia?
 Cuando por mi fortuna,
 Me encontré esta mañana
 Continuando mi obrilla,
 Este cuento moral, esta patraña,
 Yo dije à mi capote:
 ¿ Con qué chiste, qué gracia,
 Y qué vivos colores
 El jorobado Esopo me retrata!
 Mas ya mis producciones
 Miro con desconfianza,
 Porque aprendo de la Mona
 Cuanto el ciego amor propio nos engaña.

FABULA II.

El Asno y Júpiter.

No sé como hay jumento,
 Que teniendo un adarme de talento,
 Quiera meterse à burro de hortelano.
 Llevo à la plaza desde muy temprano

Cada dia cien cargas de verdura;
 Vuelvo con otras tantas de basura;
 Y para minorar mi pesadumbre,
 Un criado me azota por costumbre.
 Mi vida es esta, que será mi muerte,
 Como no mude Júpiter mi suerte?
 Un asno de este modo se quejaba.
 El dios, que sus lamentos escuchaba,
 Al dominio le entrega de un tejero.
 Esta vida, decia no la quiero,
 Del peso de las tejas oprimido,
 Bien azotado, pero mal comido.
 À Júpiter me voy, con el empeño
 De lograr nuevo dueño.
 Envióle à un curtidor: entonces dice:
 Aun con este amo soy mas infelice.
 Cargado de pellejos de difunto
 Me hace correr sin sosegar un punto,
 Para matarme sin llegar à viejo,
 Y curtir al instante mi pellejo.
 Júpiter, por no oír tan largas quejas,
 Se tapó lindamente las orejas,
 Y à nadie escucha desde el tal pollino,
 Si le habla de mudanza de destino.

Solo en verso se encuentran los dichosos,
 Que viven ni envidiados ni envidiosos.
 La espada por feliz tiene el arado,
 Como el remo à la pluma y al cayado;
 Mas se tienen por miseros en suma
 Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
 ¿ Pues à qué estado el hombre llama bueno?
 Al propio nunca; pero sí al ageno.

FÁBULA III.

El Cazador y la Perdiz.

Una Perdiz en zelo reclamada
Vino á ser en la red aprisionada.
Al Cazador la misera decia:
Si me das libertad, en este dia
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo estenderé mi vuelo:
Juntaré á mis amigas en bandada,
Que guiaré á tus redes engañada,
Y tendrás sin costarte dos ochavos
Doce perdices como doce pavos.
¡Engañar, y vender á tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?
Respondió el Cazador, pues no señora:
Muere, y paga la pena de traidora.

La Perdiz fué bien muerta: no es dudable;
La traicion, aun soñada, es detestable.

FÁBULA IV.

El viejo y la Muerte.

Entre montes por áspero camino,
Trozando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su misero destino.
Al fin cayó, y viéndose de rto

Que apenas levantarse ya podia;
Llamaba con colérica porfia
Una, dos y o tres veces á la Muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
La parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el viejo temiendo ser difunto
Lleno mas de terror que de respeto.
Trémulo la decia y balbuciente:
Yo ... señora. ¿os llamé desesperado;
Pero... ¿acaba? qué quieris desdichado?
Que me cargueis la leña solamente.

Tenga paciencia quien se crea infelice,
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.

FÁBULA V.

El Enfermo y el Médico.

Un miserable enfermo se moria
Y el Médico importuno le decia:
Usted se muere: yo se lo confieso;
Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco y le aseguro firmemente
Que ya estuviera sano,
Si se hubiese acudido mas temprano
Con el benigno clyster detergente.
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al Médico diciendo:
Señor Galeno, su consejo alabo,
Al asno muerto la cebada al rabo.

Todo varon prudente
 Aconseja en el tiempo conveniente;
 Que es hacer de la ciencia vano alarde
 Dar el consejo cuando llega tarde.

FÁBULA VI.

La Zorra y las Uvas.

Es voz comun, que á mas del medio dia
 En ayunas la Zorra iba cazando:
 Halla una parra; quédase mirando
 De la alta vid el fruto que pendia.

Causábala mil ansias y congojas
 No alcanzar á las Uvas con la garra,
 Al mostrar à sus dientes la alta parra,
 Negros racimos entre verdes hojas.

Miró saltó y anduvo en probadnras;
 Pero vió el imposible ya de fijo.
 Entonces fué cuando la Zorra dijo:
 No las quiero comer: *No están maduras*

No por eso te muestres impaciente,
 Si te se frustra, Fabio, algun intento:
 Aplica bien el cuento;
 Y di: *No están maduras, frescamente.*

FÁBULA VII.

La Cierva y la Viña.

Huyendo de enemigos cazadores

Una Cierva ligera,
 Siente, ya fatigada en la carrera
 Mascercanos los perros y ogeadores.

No viendo la infeliz algun seguro,
 Y vecino parage
 De gruta, ó de ramage,
 Crece su timidez, crece su apuro.

Al fin sacando fuerzas de flaqueza,
 Continúa la fuga presurosa;
 Halla al paso una Viña muy frondosa,
 Y en lo espeso se oculta con presteza.

Cambia el susto y pesar en alegría,
 Viéndose à paz y á salvo en tan buen hora,
 Olvida el bien; y de su defensora
 Los frescos verdes pámpanos comia.

¡Mas ay! que de esta suerte
 Quitando ella las hojas de delante,
 Abrió puerta á la flecha penetrante,
 Y el listo cazador le dió la muerte.

Castigó con la pena merecida
 El justo cielo à la Cierva ingrata.
 ¿Mas qué puede esperar el que maltrata
 Al mismo que le està dando la vida?

FÁBULA VIII.

El Asno cargado de reliquias.

De Reliquias cargado
 Un Asno recibia adoraciones,
 Como si á él se hubiesen consagrado,

Reverencias, incienso y oraciones.

En lo vano, lo grave y lo severo

Que se manifestaba

Hubo quien conoció que se engañaba,

Y le dijo: yo infiero

De vuestra vanidad vuestra locura;

El reverente culto que procura

Tributar cada cual este momento,

No es dirigido á vos, señor Jumento,

Que solo va en honor, aunque lo sientas,

De la sagrada carga que sustentas.

Cuando un hombre sin mérito estuviere

En elevado empleo, ó gran riqueza,

Y se ensoberbeciere,

Porque todos le bajan la cabeza;

Para que su locura no prosiga,

Tema encontrar tal vez con quien le diga:

Señor Jumento, no se engria tanto;

Que si besan la peana, es por el Santo.

FÁBULA IX.

Los dos Machos.

Dos Machos caminaban: el primero
Cargado de dinero.

Mostrando su penacho envanecido,

Iba marchando erguido

Al son de los redondos cascabeles.

El segundo desnudo de oropelas,

Con un pobre aparejo solamente,

Alargando el pescuezo eternamente,

Seguia de reata su jornada

Cargado de costales de cebada.

Salen unos ladrones, y al instante

Asiéron de la rienda al arrogante:

El se defiende; ellos le maltratan;

Y despues que el dinero le arrebatan,

Huyen, y dice entonces el segundo;

Si á estos riesgos esponen en el mundo

Las riquezâs, no quiero á fe de Macho,

Dinero, cascabeles, ni penacho.

FÁBULA X.

El Cazador, y el Perro.

Mustafá, Perro viejo

Lebrel, en monteria ejercitado,

Y de antiguas heridas señalado

À colmillo, y à cuerno su pellejo.

Seguia à un Javalí sin esperanza

De poderle alcanzar; pero no obstante

Aguzándole su amo à cada instante,

À duras penas Mustafá lo alcanza.

El cerdoso valiente

No escucha recados à la oreja;

Y así su resistencia no le deja

Cebiar al Perro su cansado diente:

Con airado colmillo le rechaza,

Y bufando se marcha victorioso

El Cazador furioso

Reniega del lebrel y de su raza.

Viejo estoy, le responde, ya lo veo:

Mas di ¿sin Mustafá cuando tuvieras,
Las pieles, y cabezas de las fieras
En tu casa de abrigo, y de trofeo?

Miras á lo que soy, no á lo que he sido,
¡O suerte desgraciada!
Presente tienes mi vejez cansada,
Y mis robustos años en olvido.

¿Mas para qué me mato,
Si no he de conseguir cosa ninguna?
Es ladrar á la luna
El alegar servicios al ingrato.

FÁBULA XI.

La Tortuga y el Aguila.

Una Tortuga á un Aguila rogaba,
La enseñase á volar: así la hablaba:
Con solo que me des cuatro lecciones,
Ligera volaré por las regiones:
Ya remontando el vuelo
Por medio de los aires hasta el cielo,
Veré cercano al sol y las estrellas,
Y otras cien cosas bellas:
Ya rápida bajando,
De ciudad en ciudad iré pasando;
Y de este fácil delicioso modo
Lograré en pocos dias verlo todo.
La Aguila se rió del desatino;
La aconseja que siga su destino,
Cazando torpemente con paciencia
Pues lo dispuso así la providencia.

Ella insiste en su antojo ciegamente.
La Reina de las aves prontamente
La arrebató, la lleva por las nubes.
Mira, la dice, mira como subes.
Y al preguntarla, digo; ¿vas contenta?
Se la deja caer, y se rebieuta.

Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.

FÁBULA XII.

El Leon y el Raton

Estaba un Ratoncillo aprisionado
En las garras de un Leon: el desdichado
En la tal ratonera no fué preso
Por ladrón de tocino, ni de queso;
Sino porque con otros molestaba
Al Leon que en su retiro descansaba.
Pide perdon llorando su insolencia;
Al oír implorar la real elemencia,
Responde el Rey en magestuoso tono:
(No dijera mas Tito): te perdono.
Poco despues cazando el Leon tropieza
En una red oculta en la maleza:
Quiere salir; mas queda prisionero:
Atronando la selva ruge fiero.
El libre ratoncillo que lo siente,
Corriendo llega: roe diligente
Los nudos de la red de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la fiera.

Conviene al poderoso
 Para los infelices ser piadoso;
 Tal vez se puede ver necesitado
 Del auxilio de aquel mas desdichado.

FÁBULA XXI.

Las Liebres y las Ranas.

Asustadas las Liebres de un estruendo
 Echaron à correr todas diciendo:
 À quien la vida cuesta tanto susto,
 La muerte causará menos disgusto.
 Llegan à una laguna de esta suerte
 A dar en lo profundo con la muerte.
 Al ver à tanta Rana que asustada
 A las aguas se arroja à su llegada,
 Ola, dijo una Liebre, ¿con qué hay otras
 Tan tímidas, que aun tiemblan de nosotras?
 Pues suframos con ellas el destino,
 Conocieron sin mas su desatino.

Así la suerte adversa es tolerable
 Comparada con otra miserable.

FÁBULA XIV.

El Gallo y el Zorro.

Un Gallo muy maduro,
 De edad proveyta, duros espolones,
 Pacífico, y seguro

Sobre un árbol oía las razones
 De un Zorro muy cortés, y muy atento,
 Mas elocuente, cuanto mas hambriento.

Hermano, le decia,
 Ya cesó entre nosotros una guerra,
 Que cruel repartia
 Sangre y plumas al viento, y à la tierra:
 Baja; daré para perpétuo sello,
 Mis amorosos brazos à tu cuello.

Amigo de mi alma,
 Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso!

En deliciosa calma,
 Deja esta vez mi espíritu suspenso!

Allà bajo, allà voy tierno y ansioso
 A gozar en tu seno mi reposo.

Pero aguarda un instante,
 Porque vienen ligeros como el viento,
 Y ya están adelante

Dos correos que llegan al momento,
 De esta noticia portaderos fieles,

Y son segun la traza dos lebreles.

A Dios, à Dios, amigo,
 Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;

Luego hablaré contigo,

Para finalizar este tratado.

El Gallo se quedó lleno de gloria,

Cantando en esta letra su victoria:

Siempre trabaja en su daño
 El astuto engañador;
 A un engaño hay otro engaño,
 A un pícaro otro mayor.

FÁBULA XV.

El Leon y la Cabra.

Un señor Leon andaba, como un perro,
 Del valle al monte, de la selva al cerro,
 A caza sin hallar pelo, ni lana,
 Perdiendo la paciencia y la mañana.
 Por un risco escarpado
 Ve trepar á una Cabra à lo encumbrado,
 De modo que parece que se empeña
 En hacer creer al Leon, que se despeña.
 El pretender seguirla fuera en vano:
 El cazador entonces cortesano
 La dice: baja, baja mi querida:
 No busques precipicios à tu vida:
 En el valle frondoso
 Pacerás à mi lado con reposo.
 ¿Desde cuando, señor, la real persona
 Cuida con tanto amor de la barbona?
 Esos halagos tiernos
 No son por bien: apostaré los cuernos.
 Así le respondió la astuta Cabra;
 Y el Leon se fuè sin replicar palabra.
 Lo paga la infeliz con el pellejo,
 Si toma sin exámen el consejo.

FÁBULA XVI.

El Hacha y el Mango

Un hombre que en el bosque se miraba

Con una Hacha sin Mango, suplicaba
 A los árboles diesen la madera,
 Que mas sólida fuera
 Para hacerle uno fuerte y muy durable:
 Al punto la arboleda innumerable;
 Le cedió el acebuche; y él contento,
 Perfeccionando luego su instrumento,
 De rama en rama va cortando à gusto
 Del alto roble el brazo mas robusto.
 Ya los árboles todos recorria;
 Y mientras los mejores elegia,
 Dijo la triste encina al fresno: amigo:
 Infeliz del que ayuda à su enemigo.

FÁBULA XVII.

La Onza y los Pastores.

En una trampa una Onza inadvertida
 Dió misera caída.
 Al verla sin defensa,
 Corrieron à la ofensa.
 Los vecinos Pastores,
 No valerosos pero sí traidores.
 Cada cual por su lado
 La maltrataba airado,
 Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
 Unos à palos, otros à pedradas.
 Al fin la abandonaron por perdida;
 Pero viéndola dar muestras de vida
 Cierto Pastor, dolido de su suerte,
 Por evitar su muerte,
 La arrojó la mitad de su alimento,

Con que pudiese recobrar aliento.
 Llega la noche, témplase la saña;
 Marchan à descansar à la cabaña
 Todos con esperanza muy fundada,
 De hallarla muerta por la madrugada.
 Mas la fiera entre tanto
 Volviendo poco à poco del quebranto,
 Toma nuevo valor y fuerza nueva;
 Salta, deja la trampa, va à su cueva,
 Y al sentirse del todo reforzada,
 Sale si muy ligera, mas airada.
 Ya destruye ganados;
 Ya deja los Pastores destrozados:
 Nada aplaca su cólera violenta;
 Todo lo tala, en todo se sangrienta.
 El buen Pastor por quien tal vez vivia,
 Lleno de horror la vida le pedia.
 No serás maltratado,
 Dijo la Onza, vive descuidado.
 Que yo solo persigo à los traidores:
 Que me ofendieron, no à mis bienhechóres.

Quien hace agravios, tema la venganza:
 Quien hace bien, al fin el premio alcanza,

FÁBULA XVIII.

El Grajo vano.

Con las plumas de un pavo
 Un Grajo se vistió pomposo y bravo
 En medio de los pavos se pasea:

La manada lo advierte; le rodea:
 Todos le pican, burlan y le envian,
 ¿Dónde ¿si ni los grajos lo querian?

¿Cuánto há que repetimos este cuento
 Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

FÁBULA XIX.

El Hombre y la Comadreja.

Asi decia cierta Comadreja
 A un Hombre que la habia aprisionado:
 ¿Por qué no me dejais? os he yo dado
 Motivo de disgusto ni de queja?
 ¿No soy la que desvanes y rincones,
 Tu casa toda cual si fuese mia,
 Cuidadosa registro noche dia,
 Para que vivas libre de ratones.
 ¿Gran fineza por cierto!
 El hombre respondió: pues dí ladrona,
 Si tu glotonería no perdona
 Ni à raton vivo ni à cochino muerto,
 Ni à cuanto guardan ruines despenseras,
 ¿Como he de creer que tu cuidado apura
 Por mi bien los ratones? ¿qué locura!
 No tendria yo malas tragaderas.
 Morirás: y el astuto que pretenda
 Vender como fineza, lo que ha hecho,
 Sin mirar à mas fin que à su provecho.
 Sabrà que hay en el mundo quien lo entienda.

FÁBULA XX.

Batalla de las Comadreas y los Ratones.

Vencidos los ratones
 Huían con presteza
 De una atroz enemiga
 Tropa de Comadreas:
 Marchaban con desórden;
 Que cuando el miedo reina,
 Es la confusion sola
 El gefe que gobierna.
 Llegaron presurosos
 A sus angostas cuevas,
 Logrando los soldados
 Entrar á duras penas:
 Pero los capitanes,
 Que en las estrechas puertas
 Quedaron atascados
 Sin ninguna defensa
 A causa de unos cuernos
 Puestos en las cabezas,
 Para ser de sus tropas
 Vistos en la refriega,
 Fueron los desdichados
 Víctimas de la guerra,
 Haciendo de sus cuerpos
 Pasto las Comadreas.
 ¡Cuantas veces los hombres

Distinciones anhelan,
 Y suelen ser la causa
 De sus desdichas ellas!
 Si Júpiter dispara
 Sus rayos à la tierra,
 Antes que à las cabañas
 A los palacios y à las torres llegan.

FÁBULA XXI.

El Leon y la Rana.

Una lóbrega noche silenciosa
 Iba un Leon horroroso
 Con mesurado paso magestuoso
 Por una selva: oyó una voz ruidosa
 Que con tono molesto, y continuando
 Llamaba la atencion y aun el cuidado
 Del reinante animal, que no sabia,
 De que bestia feróz quizá saldría
 Aquella voz que tanto mas sonaba,
 Cuanto mas en silencio todo estaba.
 Su magestad Leonesa
 La selva toda registrar procura:
 Mas nada encuentra con la noche obscura!
 Hasta que pudo ver jó que sorpresa!
 Que sale de un estanque à la mañana
 La tal bestia feroz y era una Rana.
 Llamará la atencion de mucha gente
 El charlatan con su mania loca;

¿Mas que logra, si al fin verá el prudente,
Que no es sino una rana todo boca?

FÁBULA XXII.

El Ciervo y los Bueyes.

Con inminente riesgo de la vida
Un Ciervo se escapó de la batida;
Y en la quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente.
Dicele un Buey: ¿ignoras desdichado,
Que aquí viven los hombres? ¿hà cuitado!
Detente y hallarás tanto reposo,
Como perdíz en boca de raposo.
El Ciervo respondió: pero no obstante
Dejadme descansar algun instante,
Y en la ocasion primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera.
Oculto en el ramaje permanece.
A la noche el boyero se aparece:
Al ganado reparte el alimento,
Nada divisa, sállese al momento;
El mayoral y los criados entran,
Y tampoco se encuentran.
Libre de aquel apuro
El Ciervo se contaba por seguro:
Pero el Buey mas anciano
Le dice: ¿que? ¿le alegras tan temprano?
Si el amo viene lo perdisite todo;
Yo le llamo *cien-ojos* por apodo:
Mas chiton, que ya viene

Entra *cien-ojos*: todo lo previene:
A los rústicos dice: no hay consuelo:
Las colleras tiradas por el suelo;
Limpio el pesebre, pero muy de paso;
El ramaje muy seco y mas escaso:
Seor mayoral, ¿es este buen gobierno?
En esto mira el enramado cuerno
Del triste Ciervo; grita, acuden todos
Contra el pobre animal de varios modos,
Y á la rústica usanza
Se celebró la fiesta de matanza.

Esto quiero decir, que el amo bueno
No se debe fiar del ojo ageno.

FÁBULA XXIII.

Los Navegantes.

Lloraban unos tristes pasajeros
Viendo su pobre nave combatida
De récias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo muy sereno
Tanto en la tempestad como en bonanza;
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.

FÁBULA XXIV.

El Torrente y el Río.

Despeñado un Torrente
 De un encumbrado cerro
 Caía en una peña,
 Y atronaba el recinto con su estruendo.
 Seguido de ladrones
 Un triste pasajero,
 Despreciando el ruido,
 Atravesó el raudal sin desaliento.
 Que es comun en los hombres
 Poseidos del miedo,
 Para salvar la vida,
 Esponerla tal vez à mayor riesgo.
 Llegaron los bandidos,
 Practicaron lo mesmo
 Que antes el caminante,
 Y fueron en su alcance y seguimiento.
 Encontró el miserable
 De allí à muy poco trecho
 Un rio caudaloso,
 Que corria apacible y con silencio.
 Con tan buenas señales,
 Y el próspero suceso
 Del raudal bullicioso,
 Determinó vadearle sin recelo;
 Mas apenas dió un paso,

Pagó su desacuerdo,
 Quedando sepultado
 En las alevés aguas sin remedio.

Temamos los peligros
 De designios secretos;
 Que el ruidoso aparato,
 Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

FÁBULA XXV.

El León, el Lobo y la Zorra.

Tremulo, y achacoso
 A fuerza de años un León estaba:
 Hizo venir los médicos ansioso
 De ver si alguno de ellos lo curaba.
 De todas las especies y regiones
 Profesores llegaban à millones.
 Todos conocen incurable el daño:
 Ninguno al Rey propone el desengaño:
 Cada cual sus remedios le procura,
 Como si la vejez tuviese cura.
 Un Lobo cortesano
 Con tono adulator y fin torcido,
 Dijo à su soberano:
 He notado, señor, que no ha asistido
 La Zorra como médico al congreso;
 Y pudiera esperarse buen suceso
 De su dictamen en tan grave asunto.
 Quiso su magestad que luego al punto

Por la posta viniese:
 Llega, sube á Palacio, y como viese
 Al Lobo su enemigo, ya instruida
 De que él era el autor de su venida,
 Que ella escusaba cautelosamente,
 Inclinandose al Rey profundamente.
 Dijo: quizá, señor, no habrá faltado
 Quien haya mi tardanza acriminado;
 Mas será porque ignora,
 Que vengo de cumplir un voto ahora,
 Que por vuestra salud tenia hecho;
 Y para mas provecho,
 En mi viaje traté gentes de ciencia
 Sobre vuestra dolencia.
 Convienen pues los grandes profesores
 En que no teneis vicio en los humores,
 Y que solo los años han dejado
 El calor natural algo apagado;
 Pero este se recobra, y vivifica
 Sin fastidio, sin drogas de botica,
 Con un remedio simple, liso y llano,
 Que vuestra magestad tiene en la mano.
 A un Lobo vivo arránquenle el pellejo,
 Y mandad que os le apliquen al instante;
 Y por mas que esteis débil, flaco, y viejo,
 Os sentireis robusto y rozagante.
 Con apetito tal, que sin esfuerzo
 El mismo Lobo os servirá de almuerzo.
 Convino el Rey, y entre el furor, y el bierro
 Murió el infeliz Lobo como un perro.
 Asi viven y mueren cada dia,
 En su guerra interior los palaciegos,

Que con la emulacion rabiosa ciegos
 Al degüello se tiran à porfia.
 Tomen esta lecion muy oportuna:
 Lleguen à la privanza enhorabuena;
 Mas labren su fortuna,
 Sin cimentarla en la desgracia agena.



LIBRO QUINTO.

FABULA PRIMERA.

Los Ratones y el Gato.

Marramaquiz, gran Gato
 De nariz roma, pero largo olfato,
 Se metió en una casa de Ratones.
 En uno de sus lóbregos rincones
 Puso su alojamiento:
 Por delante de sí de ciento en ciento
 Les dejaba por gusto libre el paso,
 Como hace el bebedor que mira al vaso;
 Y ensanchando así mas sus tragaderas,
 Al fin los escogía como peras.
 Este fué su ejercicio cotidiano;
 Pero tarde ó temprano,
 Al fin ya los Ratones conocian
 Que por instantes se disminuian.
 Don *Roepan*, cacique el mas prudente
 De la ratona gente,
 Con los suyos formó plero consejo,
 Y dijo así con natural despejo;
 Supuesto, hermanos, que el sangriento bruta
 Que metidos nos tiene en llanto, y luto,
 Habita el cuarto bajo,
 Sin que pueda subir ni aun con trabajo.
 Hasta nuestra vivienda; es evidente,

Que se atajará el daño solamente.
 Con no bajar allá de modo alguno.
 El medio pareció muy oportuno;
 Y fue tan observado,
 Que ya *Marramaquiz* el muy taimado
 Metido por el hambre en calzas prietas,
 Discurrió entre mil tretas
 La de colgarse por los pies de un palo,
 Haciendo el muerto: no era el ardid malo;
 Pero don *Roepan* luego que advierte,
 Que su enemigo estaba de tal suerte,
 Asomando el hocico à su agujero,
 Ola, dice, que es eso, caballero?
 ¿Estás muerto de burlas, ó de veras?
 Si es lo que yo recelo, en vano esperas;
 Pues no nos contaremos ya seguros
 Aun sabiendo de cierto,
 Que eras à mas de gato muerto,
 Gato relleno ya de pesos duros.

Si alguno llega con astuta maña,
 Y una vez nos engaña,
 Es cosa muy sabida
 Que puede algunas veces
 El huir de sus tramas y dobleces
 Valernos nada menos que la vida.

FABULA II.

El Asno y el Lobo.

Un Burro cojo vió que le seguia
 Un Lobo cazador, y no pudiendo
 Huir de su enemigo, le decia:
 Amigo Lobo, yo me estoy muriendo;
 Me acaban por instantes los dolores
 De este maldito pie de que cogeno;
 Si yo no me valiese de herradores,
 No me veria asi como me veo.
 Y pues fallezco, sé caritativo;
 Sácame con los dientes este clavo:
 Muera yo sin dolor tan escesivo,
 Y còmeme despues de cabo á rabo.
 Ól, dijo el cazador con ironía,
 Contando con la presa ya en la mano,
 No solamente sé la anatomía,
 Sino que soy perfecto cirujano.
 El caso es para mi una patarata,
 La operacion no mas que de un momento;
 Alargue bien la pata,
 Y no se me acobarde, buen Jumento.
 Con su estuche molar desenvainando.
 El nuevo profesor llega al doliente;
 Mas este le dispara de contado
 Una coz que le deja sin un diente.
 Escapa el cojo; pero el triste herido,

Llorando se quedó su desventura.
 ¡Ay infeliz de mi! bien merecido
 El pago tengo de mi gran locura.
 Yo siempre me llevé el mejor bocado
 En mi oficio de Lobo carnicero;
 ¿Pues si puedo vivir tan regalado.
 A que meterme ahora à curandero?

Hablemos en razon: no tiene juicio
 Quien deja al propio por ageno oficio.

FABULA III.

El Asno y el Caballo.

Eban, mas no sé adonde ciertamente,
 Un Caballo y un Asno juntamente:
 Este cargado, pero aquel sin carga.
 El grave peso, la carrera larga
 Causaron al Borrico tal fatiga,
 Que la necesidad misma le obliga
 A dar en tierra. Amigo, compañero,
 No puedo mas, decia; yo me muero.
 Repartamos la carga, y será poca;
 Sino, se me va el alma por la boca.
 Dice el otro: rebienta enhorabuena:
 ¿Por eso he de sufrir la carga agena?
 Gran Bestia seré yo, si tal hiciere.
 Miren y que el Borrico se me muere.
 Tan justamente se quejó el Jumento,
 Que espiró el infeliz en el momento.
 El Caballo conoce su pecado,

Pues tuvo que llevar mal de su grado
 Los fardos y aparejos todo junto;
 Item mas el pellejo del difunto.

Juan, alivia en sus penas al vecino;
 Y él, cuando tu las tengas, déte ayuda;
 Sinó lo haceis asi temed sin duda
 Que seréis el Caballo, y el Pollino.

FABUCA IV.

El Labrador y la Providencia.

Un Labrador cansado
 En el ardiente estío
 Debajo de una encina
 Reposaba pacífico, y tranquilo.
 Desde su dulce estancia
 Miraba agradecido
 El bien con que la tierra
 Premiaba sus penosos ejercicios.
 Entre mil producciones,
 Hijas de su cultivo,
 Veía calabazas,
 Melones por los suelos esparcidos.
 ¿Por qué la Providencia,
 Decía entre si mismo,
 Puso á la ruin bellota
 En elevado preeminente sitio?

¿Cuanto mejor seria,
 Que trocando el destino,
 Pendiesen de las ramas
 Calabazas, melones, y pepinos?
 Bien oportunamente,
 Al tiempo que esto dijo,
 Cayendo una bellota,
 Le pegó en las narices de improviso.
 Pardiez, prorrumpió entonces
 El Labrador sencillo,
 Si lo que fué bellota
 Algun gordo melon hubiera sido,
 Desde luego pudiera
 Tomar á buen partido
 En caso semejante
 Quedar desnarigado, pero vivo.
 Aquí la Providencia
 Manifestarle quiso,
 Que supo á cada cosa
 Señalar sabiamente su destino.
 A mayor bien del hombre
 Todo está repartido:
 Preso el pez en su concha,
 Y libre por el aire el pajarillo.

FÁBULA V.

El Asno vestido de Leon.

Un Asno disfrazado
 Con una grande piel de Leon andaba,

Por su temible aspecto casi estaba
 Desierto el bosque, solitario el prado,
 Pero quiso el destino,
 Que le llegase á ver desde el molino.
 La punta de una oreja el molinero.
 Armado entonces de un garrote fiero,
 Dale de palos, llévale á su casa;
 Divúlgase al contorno lo que pasa.
 Llegan todos á ver en el instante
 Al que habian temido Leon reinante;
 Y haciendo mofa de su idea necia,
 Quien mas le respetó, mas le desprecia.

Desde que oí del Asno contar esto,
 Dos ochavos apuesto,
 Si es que Pedro Fernandez no se deja
 De andar con el disfraz de caballero,
 A vueltas del vestido, y el sombrero;
 Que le han de ver la punta de la oreja.

FABULA VI.

La Gallina de los huevos de oro.

Erase una Gallina que ponía
 Un huevo de oro al dueño cada día.
 Aun con tanta ganancia mal contento,
 Quiso el rico avariento
 Descubrir de una vez la mina de oro,
 Y hallar en menos tiempo mas tesoro.

Matòla: abriòla el vientre de contado;
 Pero despues de haberla registrado,
 ¿Qué sucedió? que muerta la Gallina
 Perdió su huevo de oro, y no halló mina.

Cuantos hay que teniendo lo bastante,
 Enriquecerse quieren al instante,
 Abrazando proyectos
 A veces de tan rápidos efectos,
 Que sola en pocos meses,
 Cuando se contemplaban ya marqueses
 Contando sus millones,
 Se vieron en la calle sin calzones.

FABULA VII.

Los Cangrejos.

Los mas autorizados, los mas viejos
 De todos los Cangrejos
 Una gran asamblea celebraron.
 Entre los graves puntos que trataron,
 A propuesta de un docto presidente,
 Como resolucion la mas urgente,
 Tomaron la que sigue: pnes que al mundo
 Estamos dando ejemplo sin segundo
 El mas vil, y grosero
 En andar hacia atrás como el soguero;
 Siendo cierto tambien que los ancianos
 Duros de pies, y manos,
 Causándonos los años pesadumbre

No podemos vencer nuestra costumbre,
 Toda madre desde este mismo instante
 Ha de enseñar á andar hácia adelante
 A sus hijos: y dure la enseñanza
 Hasta quitar del mundo tal usanza.
 Garras á la obra dicen las maestras,
 Que se creían diestras;
 Y sin dejar ninguno,
 Ordenan á sus hijos uno á uno,
 Que muevan sus patitas blandamente
 Hácia adelante sucesivamente.
 Pasito á paso al modo que podían
 Ellos obedecían;
 Pero al ver á sus madres que marchaban
 Al revés de lo que ellas enseñaban,
 Olvidando los nuevos documentos,
 Imitaban sus pasos mas contentos.
 Repetían las madres sus lecciones,
 Mas no bastaban teóricas razones;
 Porque obraba en los jóvenes Cangrejos
 Solo un ejemplo, mas que mil consejos.
 Cada maestra se allige y desconsuela
 No pudiendo hacer práctica su escuela:
 De modo que en efecto
 Abandonaron todas el proyecto.
 Los magistrados saben el suceso,
 Y en su pleno congreso
 La nueva ley al punto derogaron,
 Porque se aseguraron
 De que en vano intentaban la reforma,
 Cuando ellos no sabían ser la norma.

Y es así que la fuerza de las leyes
 Suelen ser el ejemplo de los Reyes.

FÁBULA VIII.

Las Ranas sedientas.

Dos Ranas que vivían juntamente,
 En un verano ardiente
 Se quedaron en seco en su laguna.
 Saltando aquí y allí llegó la una
 A la orilla de un pozo.
 Llena entonces de gozo
 Gritó á su compañera:
 Ven, y salta ligera.
 Llegó, y estando entrambas á la orilla,
 Notando como grande maravilla,
 Entre los agostados juncos, y beno,
 El fresco pozo casi de agua lleno;
 Prorrumpió la primera ¿á que esperamos
 Que no nos arrojamos,
 Al agua que apacible nos convida?
 La segunda responde, inadvertida,
 Yo tengo igual deseo;
 Pero pienso y preveo,
 Que aunque es fácil al pozo nuestra entrada
 La agua con los calores exhalada,
 Segun vaya saltando,
 Nos irá dulcemente sepultando,
 Y al tiempo que salir solicitemos,
 En la estigia laguna nos veremos.

Por consultar el gusto solamente
 Entra en la nasa el pez incautamente;
 El pájaro sencillo en la red queda;
 ¿Y en que lazos el hombre no se enreda?

FABULA IX.

El Cuervo y el Zorro.

En la rama de un árbol,
 Bien ufano y contento,
 Con un queso en el pico
 Estaba el señor Cuervo.
 Del olor atraído
 Un Zorro muy maestro
 Le dijo estas palabras
 A poco más ó menos:
 Tenga usted buenos días,
 Señor Cuervo, mi dueño
 Vaya que estais donoso,
 Mono y lindo en extremo;
 Yo no gasto lisonjas,
 Y digo lo que siento;
 Que si á tu bella traza
 Corresponde el gorgojo,
 Juro á la diosa Ceres,
 Siendo testigo el cielo,
 Que tu serás el Fenix.
 De sus vastos imperios.

Al oír un discurso
 Tan dulce, y halagueño,
 De vanidad llevado
 Quiso cantar el Cuervo.
 Abrió su negro pico,
 Dejó caer el queso;
 El muy astuto Zorro,
 Despues de haberle preso,
 Le dijo: señor bobo,
 Pues sin otro alimento
 Quedais con alabanzas
 Tan hinchado y repleto,
 Digerid las lisonjas
 Mientras digiero el queso.

Quien oye aduladores,
 Nunca espere otro premio.

FABULA X.

Un Cojo y un Picaron.

Un buen Cojo un descortés
 Insultó atrevidamente:
 Oyólo pacientemente
 Continuando su carrera,
 Cuando al son de la cojera
 Dijo el otro: una, dos, tres,
 Cojo es.
 Oyólo el Cojo; aquí fue
 Donde el buen hombre perdió

Los estribos; pues le dió.
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se vé,
Sobre un pie.
Solo el no poder correr,
Para darte el escarmiento,
Dijo el Cojo, es lo que siento.
Que este mal no me atormenta:
Porque al hombre solo afrenta;
Lo que supo merecer,
Padecer.

FABULA XI.

El Carretero, y Hércules.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña:
El à nada se mueve, ni se amaña;
Pero jura muy bien; gran Carretero.
À Hércules invocó; y el dios le dice:
Aligera la carga; ceja un tanto;
Quita ahora ese canto:
¿Está? sí, le responde, ya lo hice.
Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar: de esta manera
Arreando à la mohina y la roncera,
Salió Juan con su carro del suceso.

Si haces lo que estuviere de tu parte
Pide al cielo favor, ha de ayudarte.

FÁBULA XII.

La Zorra y el Chivo.

Una Zorra cazaba;
Y al seguir à un gazapo,
Entre aqui se escabulle, allí le atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando mas le afligia su tristeza
Por no hallar la infelz salida alguna,
Vió asomarse al brocal por su fortuna
Del Chivo padre la gentil cabeza.
¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?
Es tan dulce, tan fresca, y deliciosa,
Respondió la Raposa.
Que en el tal pozo estoy como encantada.
Al agua el Chivo se arrojó sediento:
Monta sobre él la Zorra de manera,
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado: cosa dura.
¿Mas quién podrá à la Zorra dar castigo.
Cuando el hombre aun à costa de su amigo
Del peligro mayor salir procura?

FÁBULA XIII.

El Lobo, la Zorra y el Mono Juez.

Un Lobo se quejó criminalmente

De que una Zorra astuta le robase.
El Mono juez, como ella lo negase;
Dejólos alegar prolijamente.

Enterado pronuncia la sentencia:
No consta que le falte nada, Lobo;
Y tú raposa, tú tienes el robo
Dijo, y los despidió de su presencia.

Esta contradiccion es cosa buena;
La dijo el docto Mono con malicia.
Al perverso su fama le condena
Aun cuando alguna vez pida justicia.

FÁBULA XIV.

Los dos Gallos.

El habiendo á su rival vencido un Gallo,
Quedò entre sus gallinas victorioso,
Mas grave, mas pomposo,
Que el mismo gran Sultan en su serrallo.

Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña: el Gavilan lo advierre:
Le pillá; le arrebatá; y por su muerte
Quedó el rival señor del gallinero.

Consuele al abatido tal mudanza:
Sirva tambien de ejemplo á los mortales,
Que se juzgan exentos de los males
Cuan se ven en pròspera bonanza.

FÁBULA XV.

La Mona, y la Zorra.

En visita una Mona
Con una Zorra estaba cierto dia;
Y así ni mas ni menos, la decia:
Por mí fé que tenéis bella persona.

Gallardo talle, cara placentera,
Airosa en el andar, como vos sola;
Y à no ser tan disforme vuestra cola,
Seriais en lo hermosa la primera.

Escuchad un consejo,
Que ha de ser á los dos muy importante:
Yo os la he de cortar, y lo restante
Me lo acomodaré por zagalejo.

Abrenuncio, la Zorra la responde:
Es cosa para mí menos amarga
Barrer el suelo con mi cola larga,
Que verla por pañal bien sé yo donde.

Por ingenioso que el necesitado
Sea para pedir al avariento;
Este será de superior talento,
Para negarse á dar de lo sobrado.

FÁBULA XVI.

La Gata Muger,

Zapáquilda la bella,

Era Gata doncella;
 Muy recatada, y no menos hermosa.
 Queríala se dueño por esposa,
 Si Venus consintiese,
 Y en muger à la Gata convirtiese.
 De agradable manera
 Vino en ello la diosa placentera.
 Y ved à *Zapaquilda* en un instante
 Hecha moza gallarda, y rozagante.
 Celébrase la boda:
 Estaba ya la sala nupcial toda
 De un lucido concurso coronada;
 La novia relamida, almidonada
 Junto al novio galan enamorado;
 Todo brillantemente preparado
 Cuando quiso la diosa,
 Que cerca de la esposa
 Pasase un ratoncillo de repente.
 Al punto que le vé violentamente,
 A pesar del concurso, y de su amante,
 Salta, corre tras él, y échale el guante.

Aunque del valle humilde à la alta cumbre
 Inconstante nos mude la fortuna;
 La propension del natural es una,
 En todo estado, y mas con la costumbre.

FÁBULA XVII.

La Leona y el Oso.

Dentro de un bosque obscuro, y silencioso,
 Con un rugir continuo, y espantoso,

Que en medio de la noche resonaba.
 Una Leona à las fieras inquietaba.
 Dícela un Oso: escúchame una cosa:
 ¿Qué tragedia horrorosa,
 Ó qué sangrienta guerra,
 Què rayos, ó qué plagas à la tierra
 Anuncia tu clamor desesperado
 En el nombre de Júpiter airado?
 ¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
 Yo la mas infeliz de los nacidos,
 ¿Cómo no moriré desesperada,
 Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!
 ¡Ola! ¿con qué eso es todo?
 Pues si se lamentasen de ese modo
 Las madres de los muchos que devoras,
 Buena música hubiera à todas horas.
 Vaya, vaya, consuélate como ellas;
 No nos quiten el sueño tus querellas.

A desdichas y males
 Vivimos condenados los mortales.
 À cada cual no obstante le parece,
 Que de esta ley una excepcion merece.
 Asi nos conformamos con la pena,
 No cuando es propia, si cuando es agena.

FABUCA XVIII.

El Lobo y el Perro flaco.

Distante de la aldea,
Iba cazando un Perro
Flaco; que parecía
Un andante esqueleto.
Cuando menos lo piensa
Un lobo le hizo preso.
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
Decidme, señor Lobo,
¿Qué quereis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince días
Casa á su hija mi dueño:
Y ha de haber para todos
Arroz, y gallo muerto.
Dejadme ahora libre,
Que pasado este tiempo
Podrás comerme à gusto,
Lucio, gordo y relleno,
Quedaron convenidos;
Y apenas se cumplieron
Los dias señalados,
El Lobo buscó al Perro.
Estábase en su casa

Con otro compañero,
Llamado matalobos,
Mastin de los mas fieros:
Salen à recibirle
Al punto que le vieron.
Matalobos bajaba
Con corbatin de hierro.
No era el Lobo persona
De tantos cumplimientos,
Y así por no gastarlos
Cedió de su derecho.
Huía, y le llamaban;
Mas él iba diciendo
Con el rabo entre piernas,
¿Pies para qué os quiero?

Hasta los niños saben,
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano,
Que por el aire ciento.

FÁBULA XIX.

La Oveja y el Ciervo.

Un celemin de trigo
Pidió à la Oveja el Ciervo, y la decia:
Si es que usted de mí paga desconfía,
A presentar me obligo
Un fiador desde luego,
Que no dará lugar à tenor queja;
¿Y quien es este? preguntó la Oveja.

Es un Lobo abonado, llano y lego.

¡ Un lobo! ya: mas hallo un embarazo:
Si no teneis mas fincas que él sus dientes,
Y tú los pies para escapar valientes,
A quien acudiré cumplido el plazo?

Si quien es el que pide, y sus fiadores,
Antes de dar prestado se examina:
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.

FABULA XX.

La Alforja.

En una alforja al hombro
Llevo los vicios;
Los agenos delante,
Detrás los míos.
Esto hacen todos,
Así ven los agenos.
Mas no los propios.

FABULA XXI.

El Asno infeliz.

Yo conocí un Jumento,
Que murió muy contento
Por creer, y no iba fuera de camino,
Que así cesaba su fatal destino.

Pero la adversa suerte
Aun despues de su muerte
Le persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles;
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el Prado
Al son de su pellejo baqueteado.
Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será. Fedro lo dice.

FABULA XXII.

El Javalí y la Zorra.

Sus horribles colmillos aguzaba
Un Javalí en el tronco de una encina.
La Zorra que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: estraño el verte,
Siendo tu en paz señor de la bellota
Cuando ningun contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.

La fiera respondió: tenga entendido
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Así como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.

FABULA XXIII.

El Perro y el Cocodrilo.

Bebiendo un Perro en el Nilo
Al mismo tiempo corria:

Bebe quieto, le decia
 Un taimado Cocodrilo.
 Dijole el Perro prudente:
 Dañoso es beber y andar;
 Pero ¿es sano el aguardar
 A que me claves el diente?
 ¡O qué docto Perro viejo!
 Yo venero tu sentir
 En esto de no seguir
 Del enemigo el consejo.

FÁBULA XXIV.

La Comadreja y los Ratonés.

Débil, y flaca cierta Comadreja,
 No pudiendo ya mas de puro vieja,
 Ni cazaba, ni hacia provisiones
 De abundantes Ratonés,
 Como en tiempos pasados,
 Que elegia los tiernos, regalados
 Para cubrir su mesa.
 Solo de tarde en tarde hacia presa
 En tal cual que pasaba muy cercano,
 Gotoso, paralítico, ó anciano.
 Obligada del hambre cierto dia
 Urdió el modo mejor con que saldria
 De aquella pobre situacion hambrienta;
 Pues la necesidad todo lo inventa.
 Esta vieja taimada,
 Métese entre la harina amontonada.
 Alerta, y con cautela.

Cual suele en la garita el centinela,
 Espera ansiosa su feliz momento
 Para la ejecucion del pensamiento.
 Llega el Raton sin conocer su ruina,
 Y mete el hociquillo entre la harina.
 Entonces ella le echa de repente
 La garra al cuello, y al hocico el diente.
 Con este nuevo ardid tan oportuno
 Se los iba embuchando de uno en uno;
 Y á merced de discurso tan extraño
 Logró sacar su tripa de mal año.

Es feliz un ingenio interesante:
 El nos ayuda, si el poder nos deja;
 Y al ver lo que pasó á la Comadreja,
 ¿Quién no aguzará el suyo en adelante?

FÁBULA XXV.

El Lobo, y el Perro.

En busca de alimento
 Iba un lobo muy flaco y muy ambriento,
 Encontró con un Perro tan relleno,
 Tan lucio, y sano, y bueno,
 Que le dijo: yo extraño
 Que estès de tan buen año,
 Como se deja ver por tu semblante;
 Cuando á mí mas pujante,
 Mas osado y sagaz, mi triste suerte
 Me tiene hecho retrato de la muerte
 El Perro respondió; sin duda alguna.

Lograrás, si tu quieres mi fortuna.
 Deja el bosque, y el prado;
 Retírate á poblado;
 Servirás de portero
 A un rico caballero,
 Sin otro afán, ni mas ocupaciones,
 Que defender la casa de ladrones.
 Acepto desde luego tu partido,
 Que para mucho mas estoy curtido.
 Así me libraré de la fatiga
 A que el hambre me obliga,
 De andar por montes sendereando peñas;
 Trepando riscos, y rompiendo breñas;
 Sufriendo de los tiempos los rigores,
 Lluvias, nieves, escarchas y calores.
 A paso diligente
 Marchaban juntos amigablemente,
 Tratando varios puntos de confianza
 Pertenecientes á llenar la pausa.
 En esto el Lobo por algun recelo,
 Que comenzó á turbarte su consuelo;
 Mirando al Perro dijo: he reparado,
 Que tienes el pescuezo algo pelado.
 Dime: ¿qué es eso? nada.
 Dimelo por tu vida, camarada.
 No es mas que la señal de la cadena,
 Pero no me da pena.
 Pues aunque por inquieto,
 A ella estoy sujeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores;
 Recibenme á sus piés de mil amores:
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,

Y todo aquello que les desagrada;
 Este lo mal asado,
 Aquel un hueso poco descarnado,
 Y aun el gloton que todo se lo traga,
 A lo menos me halaga
 Pasándome la mano por el lomo;
 Yo meneo la cola, callo y como.
 Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
 Pero por fin y postre tú estás preso;
 Jamás sales de casa,
 Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.
 Es así. Pues amigo,
 La amada libertad que yo consigo,
 No he de trocarla de manera alguna,
 Por tu abundante y próspera fortuna.
 Marcha, marcha á vivir encarcelado,
 No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente;
 Aunque tu comas tan glotonamente
 Pan, tajadas, y huesos: porque al cabo,
 No hay bocado en sazón para un esclavo.

*Nec aliud quidquam per Fabellas queritur,
 Quam corrigatur error ut mortalium,
 Acuatque sesse diligens industria.*
 Phedr. Fab. Prol. Libro. 11.

FABULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO.

POR

DON FELIX MARIA DE SAMANIEGO,
señor de las villas y valle de Arraya en
la Provincia de Alava, individuo de
número, y literato de la Real So-
ciedad Vascongada, Presidente
de turno de dicho Seminario.

Tomo II.

*Neque enim notare singulos meus
est mihi;*

*Verum ipsam vitam, et mores ho-
minum ostendero.*

PHEDR. Fab. Prolog. Lib. 111.

ADVERTENCIA.

À excepcion de un corto numero de argumentos sacados de ESOPÓ, FEDRO y LA-FONTAINE, todos los asuntos contenidos en los apólogos de los Libros I, II y III, pertenecen al Fabulista inglés GAY. El Libro IV. es original.

FABULAS.

LIBRO PRIMERO.

PRÓLOGO

FABULA PRIMERA.

El Pastor y el Filósofo

De los confusos pueblos apartado
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso ni envidiado.
No turbò con cuidados la riqueza
A su tranquila vida;
Ni la extremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció: sus canas, su experiencia,
Y su virtud le hicieron finalmente
Respetable varon, hombre de ciencia.
Voló su grande fama por el mundo,
Y llevado de nueva tan estraña.
Acercóse un Filósofo profundo
A la humilde cabaña,
Y preguntó al Pastor: dime ¿en qué escuela
Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste
Largas noches leyendo á la candela?

¿A Grecia y Roma sabias observaste?
 ¿Sócrates refinó tu entendimiento?
 ¿La ciencia de Platon has tu medido?
 ¿O pesaste de Tulio el gran talento?
 ¿O tal vez como Ulises has corrido
 Por ignorados pueblos y confusos,
 Observando costumbres, leyes y usos?

Ni las letras seguí, ni como Ulises
 (Humildemente respondió el anciano)
 Discurrí por incógnitos países
 Sé que el género humano
 En la escuela del mundo lisongero
 Se instruye en el doblez y en la patraña.
 Con la ciencia que engaña
 ¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
 Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
 Naturaleza en fáciles lecciones:
 Un odio firme al vicio me ha inspirado:
 Ejemplos de virtud da á mis acciones.
 Aprendí de la abeja lo industrioso,
 Y de la hormiga, que en guardar se afana,
 A pensar en el día de mañana.
 Mi mastin el hermoso,
 Y fiel sin semejante,
 De gratitud y lealtad constante,
 Es el mejor modelo,
 Y si acierto á copiarle, me consuelo.
 Si mi nupcial amor lecciones toma,
 Las encuentra en la cándida paloma.
 La gallina á sus pollos abrigando
 Con sus piadosas alas como madre,
 Y las sencillas aves aun volando,

Me prestan reglas para ser buen padre.
 Sabia naturaleza mi maestra,
 Lo malo y lo ridiculo me muestra
 Para hacérmelo odioso.
 Jamas hablo á las gentes
 Con aire grave, tono jactancioso;
 Pues saben los prudentes,
 Que lejos de ser sabio el que así hable,
 Será un buho solemnemente despreciable.
 Un hablar moderado,
 Un silencio oportuno
 En mis conversaciones he guardado.
 El hablador molesto, é importuno
 Es digno de desprecio.
 Quien escuche á la urraca será un necio.
 A los que usan la fuerza y el engaño
 Para el ageno daño,
 Y usurpan á los otros su derecho,
 Los debe aborrecer un noble pecho.
 Unanse con los lobos en la caza,
 Con milanos y halcones.
 Con la maldita serpentina raza,
 Caterna de carnívoros ladrones.
 ¡Mas que dije! Los hombres tan malvados
 Ni aun merecen tener estos aliados.
 No hay dañino animal tan peligroso
 Como el usurpador y el envidioso.
 Por último en el libro interminable
 De la naturaleza yo medito:
 En todo lo creado es admirable:
 Del ente mas sencillo y pequenito
 Una contemplacion profunda alcanza,

Los mas preciosos frutos de enseñanza.

Tu virtud acredita, buen anciano,

(El Filósofo esclama)

Tu ciencia verdadera y justa fama.

Vierte el género humano

En sus libros y escuelas sus errores:

En preceptos mejores

Nos da naturaleza su doctrina;

Asi quien sus verdades examina

Con la meditacion y la experiencia,

Llegará á conocer virtud y ciencia.

FABULA II.

El Hombre y la Fantasma.

Un

Jóven licenciado

Se hallaba en un estado vergonzoso

Con sus males secretos retirado:

En soledad doliente exasperado,

Cavila, llora, canta, jura, reza,

Como quien ha perdido la cabeza.

¿Te falta la salud? Pues, caballero,

De todo tu dinero,

Nobleza, juventud y poderío

Sábeta que me rio:

Trata de recobrarla, pues perdida

¿De qué sirven los bienes de la vida?

Todo esto un fantasma le previno,

Y al instante se fué como se vino.

El enfermo se cuida, se repone:

Un nuevo plan de vida se propone.

En efecto se casa.

Cércanle los cuidados de la casa,

Que se van aumentando de hora en hora.

La muger, (Dios nos libre) gastadora,

Aun mucho mas que rica,

Los hijos y las deudas multiplica:

De modo que el marido,

Mas que nunca aburrido,

Se puso sobre un pie de economia,

Que estrechándola mas de dia en dia,

Al fin se enriqueció con opulencia.

La fantasma le dice; en mi conciencia
 Que te veo amarillo como el oro:
 Tienes tu corazon en el tesoro:
 Miras sobre tu pecho acogojado
 El puñal del ladron enarbolado:
 Las noches pasas en mortal desvelo:
 ¿Y asi quieres vivir?... ¡qué desconsuelo!
 El hombre, como caso milagroso,
 Se transformó de avaro en ambicioso.
 Llegó dentro de poco á la privanza:
 ¡El señor don dinero qué no alcanza!
 La fantasma le muestra claramente
 Un falso confidente:
 Cien traidores amigos
 Que quieren ser autores y testigos
 De su pronta caída.
 Resuélvese á dejar aquella vida,
 Y ya desengañado,
 En los campos se mira retirado.
 Buscaba los placeres inocentes
 En las flores y frutas diferentes.
 ¿Quieren ustedes creer (esto me pasma).
 Que aun allí le persigue la Fantasma?
 Los insectos, los yelos y los vientos,
 Todos los elementos,
 Y las plagas de todas estaciones
 Han de ser en el campo tus ladrones.
 ¿Pues adonde irá el pobre caballero?
 Digo que es un solemne majadero
 Todo aquel que pretende
 Vivir en este mando sin su duende.

FABULA III.

El Javali y el Carnero.

De la rama de un arbol un Carnero
 Degollado pendia:
 En él á sangre fria
 Cortaba el remangado carnicero.

El rebaño inocente,
 Que el trágico espectáculo miraba,
 De miedo ni pacia, ni balaba.
 Un Javali gritó: cobarde gente,

Qué mirais la carnívora matanza,
 ¿Como no os vengais del enemigo?
 Tendrà (dijo un Carnero) su castigo;
 Mas no de nuestra parte la venganza.

La piel que arranca con sus propias manos
 Sirve para los pleitos y la guerra,
 Las dos mayores plagas de la tierra,
 Que afligen á los miseros humanos.

Apenas nos desuellen, se destina
 Para hacer pergaminos y tambores:
 Mira como los hombres malbechores
 Labran con su maldad su propia ruina.

FABULA IV.

El Raposo, la Muger y el Gallo.

Con las orejas gachas,

Y la cola entre piernas,
 Se llevaba un Raposo
 Un Gallo de la aldea.
 Muchas gracias al alba,
 Que pudo ver la fiesta
 Al salir de su casa
 Juana la madruguera.
 Como una loca grita.
 Vecinos, que le lleva;
 Que es el mio, vecinos.
 Oye el Gallo las quejas,
 Y le dice al Raposo:
 Dila, que no nos mienta,
 Que soy tuyo, y muy tuyo.
 Volviendo la cabeza
 La responde el Raposo:
 Oyes, gran embustera,
 No es tuyo, sino mio;
 El mismo lo confiesa.
 Mientras esto decia,
 El Gallo libre vuela,
 Y en la copa de un árbol
 Canta que se las pela.
 El Raposo burlado
 Huyó ¡quien lo creyera!
 Yo pues, á mas de cuatro
 Muy zorros en sus tretas,
 Por hablar á destiempo,
 Los vi perder la presa.

FABULA V.

El Filósofo y el Rústico.

El día del alba sería
 La hora en que un Filósofo salia
 A meditar el campo solitario,
 En lo hermoso, y lo vario
 Que á la luz de la aurora nos enseña
 Naturaleza entonces mas risueña.
 Distruido sin senda caminaba,
 Cuando llegó á un cortijo, donde estaba
 Con un martillo el Rústico en la mano,
 En la otra un milano.
 Y sobre una portátil escalera.
 ¡Qué haces de esa manera?
 El Filósofo dijo:
 Castigar á un ladrón de mi cortijo,
 Que en mi corral ha hecho mas destrozos
 Que todos los ladrones en Torozos.
 Le clavo en la pared... ya estoy contento....
 Sirve á toda tu raza de escarmiento.
 El matador es digno de la muerte;
 (El sábio dijo) mas si de esa suerte
 El milano merece ser tratado,
 ¿De qué modo será bien castigado
 El hombre sanguinario, cuyos dientes
 Devoran á infinitos inocentes,
 Y cuenta como misera su vida,
 Si no hace de cadáveres comida?

Y aun tú, que así castigas los delitos,
Cenarias anoche tus pollitos.

Al mundo le encontramos de este modo,
(Dijo airado el patán). Y sobre todo
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no le pille entre mis manos.
El sábio se dejó de reflexiones.

Al tirano le ofenden las razones,
Que demuestran su orgullo y tiranía;
Mientras por su sentencia cada día
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.

FABULA VI.

La Pava, y la Hormiga.

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro,
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron
Aqui y allí picando
Hasta el cercano otéro.
Muy contenta la Pava
Decía á sus Polluelos:
Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,

Y no tengais recelo,
Que yo tambien las como:
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos míos:
¡O que días los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!

Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos,
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.

¡Qué pocas navidades
Contaron mis abuelos!

¡O glotones humanos,
Cruales carniceros!

Mientras tanto una Hormiga

Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino,
Y gritó con denuedo:

¡Ola! con que los hombres
Son cruales, perversos:

¿Y qué seréis los pavos?

¡Ay de mí! ya lo veo:

A mis tristes parientes,

¡Qué digo! á todo el pueblo

Solo por desayuno

Os le vais engullendo.

No respondió la Pava

Por no saber un cuento,

Que era entonces del caso,

Y ahora viene á pelo.
 Un gusano rola
 Un grano de centeno:
 Viéronle las hormigas:
 ¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!
 Aquí fué Troya (dicen):
 Muere: pícaro perro.
 Y ellas ¿qué hacian? nada:
 Robar todo el granero.

Hombres, pavos, hormigas,
 Segun estos ejemplos,
 Cada cual en su libro
 Esta moral tenemos.
 La falta leve en otro
 Es un pecado horrendo;
 Pero el delito propio
 No mas que pasatiempo.

FÁBULA VII.

El Enfermo, y la Vision.

¡**C**on qué de tus recetas exquisitas
 (Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!...
 El médico se fué sin esperauza,
 Contando por los dedos sus visitas.
 Así desengañado;
 Y creciendo por horas su dolencia,
 De este modo examina su conciencia:

En todos mis contratos he logrado
 (No lo niego) ganancia muy segura:
 Trabajé en calcular mis intereses:
 Aumenté mi caudal en pocos meses,
 Mas por felicidad, que por usura.
 Sin rencor ni malicia
 Hice que á mi deudor pusiesen preso:
 Murió pobre en la cárcel: lo confieso;
 Mas en fin es un hecho de justicia.
 Si por cierto instrumento
 Reduje á una familia muy honrada
 Á pobreza estremada,
 Algun dia leerán mi testamento.
 Entonces (muerto yo) se hará patente
 En la tierra lo mismo que en el cielo
 Para alivio de pobres y consuelo
 Mi caridad ardiente.
 Una Vision se acerca, y dice; hermano,
 La esperanza condeno
 Del que aguarda á morir para ser bueno.
 Una accion de piedad está en tu mano;
 Tus prójimos, segun sus oraciones,
 Estàn necesitados:
 Para ser remediados
 Han menester siquiera cien doblones.
 ¡Cien doblones! no es nada.
 ¿Y si, porque Dios quiera, no me muero,
 Y despues me hace falta ese dinero
 Seria caridad bien ordenada?
 Avaro ¿te resistes? Pues al cabo
 Te anuncio que tu muerte está cercana.

¿Me muero? Pues que esperen á mañana. La Vision se volvió sin un ochavo.

FABULA VIII.

El Camello, y la Pulga,

Al que ostenta valimiento,
 Cuando su poder es tal!
 Que ni influye en bien ni en mal,
 Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada

Un Camello muy cargado

Esclamó ya fatigado:

¿O qué carga tan pesada!

Doña Pulga, que montada

Iba sobre él, al instante

Se apea, y dice arrogante:

Del peso te libro yo.

El Camello respondió:

Gracias señor elefante.

FABULA IX.

El Cerdo, el Carnero y la Cabra.

Poco antes de morir el corderillo
 Lame alegre la mano y el cuchillo.
 Que han de ser de su muerte el instrumento,

Y es feliz hasta el último momento.
 Así, cuando es el mal inevitable,
 Es quien menos prevee mas envidiable.
 Bien oportunamente mi memoria
 Me presenta al lechon de cierta historia.
 Al mercado llevaba un carretero.
 Un Murrano, una Cabra, y un Carnero.
 Con perdon, el Cochino
 Clamaba sin cesar en el camino:
 ¿Esta sí que es miseria!
 Perdido soy: me llevan á la feria.
 Así gritaba: ¡mas con qué gruñidos!
 No dió en su esclavitud tales gemidos
 Hécuba la infelice.
 El carretero al gruñidor le dice:
 ¿No miras al Carnero y á la Cabra,
 Que vienen sin hablar una palabra?
 ¡Ay señor! (le responde) ya lo veo:
 Son tontos, y no piensan. Yo preveo
 Nuestra muerte cercana.
 A los dos por la leche y por la lana,
 Quizá no matarán tan prontamente;
 Pero á mi, que soy bueno solamente
 Para pasto del hombre.... no lo dudo:
 Mañana comeran de mi menudo.
 A Dios, pocilga: á Dios gamella mia.
 Sutilmente su muerte preveia.
 ¿Mas que lograba el pensador Murrano?
 Nada, sino sentirla de antemano.
 El dolor ni los ayes, es seguro
 Que no remediarán el mal futuro.

FÁBULA X.

El Leon, el Tigre y el Caminante.

Entre sus fieras garras oprimia
 Un tigre á un Caminante:
 A los tristes quejidos al instante
 Un Leon acudio: con bizarría
 Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre
 A su regia caverna. Toma aliento,
 (Le decia el Leon) nada te asombre:
 Soy tu libertador: estame atento.
 ¿Abrá bestia sañuda y enemiga
 Que se atreva á mi fuerza incomparable?
 Tú puedes responder; ó que lo diga
 Esa pintada fiera despreciable.
 Yo, yo solo monarca poderoso;
 Domino en todo el bosque dilatado.
 ¡Cuantas veces la onza, y aun el oso
 Con su sangre el tributo me han pagado!
 Los despojos de pieles y cabezas,
 Los huesos que blanquean este piso,
 Dan el mas claro aviso
 De mi valor sin par y mis proezas.
 Es verdad (dijo el hombre) soy testigo:
 Los triunfos miro de tu fuerza airada:
 Contemplo á tu nacion amedrentada:
 Al librarme venciste á mi enemigo.
 En todo esto, señor, (con tu licencia)
 Solo es digna del trono tu clemencia.
 Sé benéfico, amable;

En lugar de despótico, tirano:
 Porque, señor, es llano.
 Que el monarca será mas venturoso,
 Cuando hiciere á su pueblo mas dichoso.
 Con razon has hablado;
 Y ya me causa pena
 El haber yo buscado
 Mi propia gloria en la desdicha agena.
 En mis jóvenes años
 El orgullo produjo mil errores.
 Que me los ha encubierto con engaños
 Una corte servil de aduladores.
 Ellos me aseguraban de concierto,
 Que por el mundo todo
 No reinan los humanos de otro modo:
 Tú lo sabrás mejor: dime ¿y es cierto?

FÁBULA XI.

La Muerte.

Pensaba en elegir la reina Muerte
 Un ministro de estado:
 Le queria de suerte
 Que hiciese floreciente su reinado.
 El tabardillo, goga, pulmonia,
 Y todas las demas enfermedades,
 Yo conozco (decia)
 Que tienen excelentes calidades.
 ¿Mas qué importa? La peste por ejemplo,
 Un ministro seria sin segundo;

Pero ya por inútil lo contemplo,
 Habiendo tanto médico en el mundo.
 Uno de estos elijo.... Mas no quiero,
 Uue están muy bien premiados sus servicios
 Sin otra recompensa que el dinero.
 Pretendieron la plaza algunos vicios,
 Alegando en su abono mil razones,
 Consideró la reina su importancia,
 Y despues de maduras reflexiones,
 El empleo ocupó la intemperancia.

FABULA XII.

El Amor y la Locura.

Habiendo la Locura,
 Con el Amor reñido,
 Dejó ciego de un golpe
 Al miserable niño.
 Venganza pide al cielo
 Venus; ¡ mas con qué gritos!
 Era madre y esposa,
 Con esto queda dicho.
 Queréllase à los dioses
 Presentando à su hijo:
 ¿ De qué sirven las flechas,
 De qué el arco à Cupido,
 Faltándole la vista
 ¿ Para asestar sus tiros?
 Quiténsele las alas,

Y aquel ardiente cirio,
 Si à su luz ser no pueden
 Sus velos dirigidos.

Atendiendo à que el ciego
 Siguiese su egercicio,
 Y à que la delincuente
 Tuviese su castigo,
 Júpiter presidente
 De la asamblea, dijo:
 Ordeno à la Locura
 Desde este instante mismo,
 Que eternamente sea
 De amor el lazarillo.

LIBRO SEGUNDO.

FÁBULA PRIMERA,

El Raposo enfermo.

El tiempo, que consume de hora en hora
 Los fuertes murallones elevados,
 Y lo mismo devora
 Montes agigantados,
 A un Raposo quitó de día en día
 Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte
 Que el mismo conocia,
 Que se hallaba en las garras de la muerte.
 Cercado de parientes y de amigos,
 Dijo en trémula voz y lastimera:
 ¡Ó! vosotros, testigos
 De mi hora postrera,
 Atentos escuchad un desengaño.
 Mis ya pasadas culpas me atormentan:
 Ahora conjuradas en mi daño;
 ¿No veis como à mi lado se presentan?
 Mirad, mirad los gansos inocentes
 Con su sangre teñidos,
 Y los pavos en partes diferentes
 Al furor de mis garras divididos.
 Apartad esas aves, que aqui veo,
 Y me piden sus pollos devorados:

Su infernal cacareo
 Me tiene los oídos penetrados.
 Los raposos le afirman con tristeza,
 (No sin lamerse labios y narices)
 Tienes debilitada la cabeza:
 Ni una pluma se ve de cuanto dices.
 Y bien lo puedes creer, que si se viese...
 ¡Ó glotones! callad: ya, ya os entiendo:
 (El enfermo exclamó) ; si yo pudiese
 Corregir las costumbres cual pretendo!
 ¿No sentís que los gustos,
 Si son contra la paz de la conciencia?
 Se cambian en disgustos?
 Tengo de esta verdad gran experiencia.
 Espuestos à las trampas y à los perros,
 Matais y perseguís à todo trapo
 En la aldea gallinas, y en los cerros
 Los inocentes lomos del gazapo.
 Moderad, hijos míos, las pasiones:
 Observad vida quieta y arreglada,
 Y con buenas acciones
 Ganareis opinión muy estimada.
 Aunque nos convirtamos en corderos,
 (Le respondió un oyente sentencioso)
 Otros han de robar los gallineros
 À costa de la fama del Raposo.
 Jamas se cobra la opinion perdida:
 Esto es lo uno: à mas ¿usted pretende
 Que mudemos de vida?
 Quien malas mañas há... ya usted me entiende,
 Sin embargo, hermanito, crea, crea...
 (El enfermo le dijo) ; Mas qué siento !...

¿No ois que una gallina cacarea?...
 Esto sí que no es cuento.
 A Dios sermon; escápase la gente,
 El enfermo orador esfuerza el grito:
 ¿Os vais, hermanos? Pues tened presente,
 Que no me haria daño algun pollito.

FÁBULA II.

Las exequias de la Leona.

En su régia caverna inconsolable
 El Rey Leon yacia,
 Porque en el mismo dia
 Murió (; cruel dolor!) su esposa amable.
 A palacio la corte toda llega,
 Y en fúnebre aparato se congrega.
 En la cóncava gruta resonaba
 Del triste Rey el doloroso llanto,
 Allí los cortesanos entretanto
 Tambien gemian, porque el Rey lloraba:
 Que si el viudo monorca se riera,
 La corte lisonjera
 Trocàra en risa el lamentable paso.
 Perdona la difunta: voy al caso.
 Entre tanto sollozo
 El ciervo no lloraba, (yo lo creo)
 Porque lleno de gozo
 Miraba ya cumplido su deseo.
 La tal Reina le habia devorado
 Un hijo y la muger al desdichado.

El ciervo en fin no llora:
 El concurso lo advierte:
 El monarca lo sabe, y en la hora
 Ordena con furor darle la muerte.
 ¿Cómo podrè llorar, (el ciervo dijo)
 Si apénas puedo hablar de regocijo?
 Ya disfruta, (gran Rey), mas venturosa
 Los eliseos campos vuestra esposa:
 Me lo ha revelado à la venida
 Muy cerca de la gruta aparecida:
 Me mandó lo callase algun momento,
 Porque gusta mostreis el sentimiento.
 Dijo así: y el concurso cortetano
 Aclamó por milagro la patraña.
 El ciervo consiguió que el soberano
 Cambiase en amistad su fiera saña.

Los que en la indignacion han incurrido
 De los grandes señores,
 A veces su favor han conseguido
 Con ser aduladores.
 Mas no por esto advierto
 Que el medio sea justo; pues es cierto,
 Que à mas príncipes vicia
 La adulacion servil, que la malicia.

FÁBULA III.

El Poeta y la Rosa.

Una fresca mañana

En el florido campo
 Un poeta buscaba
 Las delicias de mayo.
 Al peso de las flores
 Se inclinaban los ramos,
 Como para ofrecerse
 Al huesped solitario.
 Una Rosa lozana,
 Movida al aire blando,
 Le llama, y él se acerca.
 La toma, y dice ufano:
 Quiero Rosa, que vayas
 No mas que por un rato.
 A que la hermosa Clori
 Te reciba en su mano.
 Mas no: no, pobrecita,
 Que si vas à su lado
 Tendrás de su hermosura
 Unos celos amargos.
 Tu suave fragancia.
 Tu color delicado,
 El verdor de tus hojas,
 Y tus pimpollos caros,
 Entre estas florecillas
 Pueden ser alabados;
 Mas junto à Clori bella,
 Es locura pensarlo.
 Marchita, cabizbaja
 Te irías deshojando;
 Hasta parar tu vida
 En un desnudo cabo.

La Rosa, que hasta entonces
 No desplegó sus lábios,
 Le dijo resentida:
 Poeta chabacano,
 Cuando à un héroe quieras
 Coronar con el lauro,
 Del jardin de sus hechos
 Has de cortar los ramos.
 Por labrar su corona,
 No es justo que tus manos,
 Desnuden otras sienes,
 Que la virtud y el mérito adornaron.

FÁBULA IV.

El Buzo y el Hombre.

Vivia en un granero retirado,
 Un reverendo Buzo, dedicado
 A sus meditaciones,
 Sin olvidar la caza de ratones.
 Se deja ver en poco, mas con arte:
 Al gran turco imitaba en esta parte.
 El dueño del granero
 Por azar advirtió que en un madero
 El pájaro nocturno
 Con gravedad estaba taciturno.
 El Hombre le miraba, y se reía:
 ¡Que carita de Pascua! le decía.
 ¿Puede haber mas ridiculo visage?
 Vaya, que eres un raro personage.
 ¿Porqué no has de vivir alegremente

Con la pàjara gente,
 Seguir desde la aurora
 À la turba canora
 De gilgueros, calandrias, ruiseñores;
 Por valles, fuentes, árboles y flores?
 Piensas à lo vulgar: eres un necio:
 (Dijo el solemne Buhò con desprecio)
 Mira, mira, ignorante,
 À la sabiduria en mi semblante:
 Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,
 Aun yo mismo lo admiro,
 Si rara vez me digno, como sabes,
 De visitar la luz, todas las aves
 Me siguen y rodean: desde luego
 Mi mérito conocen: no lo niego,
 ¡Ah, tonto presumido!
 (El Hombre dijo así) ten entendido
 Que las aves, muy lejos de admirarte,
 Te siguen y rodean por burlarte.
 De ignorante orgulloso te motejan,
 Como yo à aquellos hombres que se alejan
 Del trato de las gentes,
 Y con extravagancias diferentes
 Han llegado à doctores en la ciencia
 De ser sabios no mas que en la apariencia.
 De esta suerte de locos
 Hay hombres como Buhos, y no pocos.

FABULA V.

La Mona.

Subió una Mona à un nogal,

Y cogiendo una nuez verde,
 En la càscara la muerde:
 Con que la supo muy mal,
 Arrojà el animal,
 Y se quedó sin comer.

Asi suele suceder
 A quien su empresa abandona,
 Porque halla como la Mona
 Al principio que vencer.

FABULA VI.

Esopo y un Ateniese.

Cercado de muchachos,
 Y jugando à las nueces
 Estaba el viejo Esopo
 Mas que todos alegre.
 ¡Ah pobre! ya chochea,
 (Le dijo un Ateniese).
 En respuesta el anciano
 Coge un arco que tiene
 La cuerda floja y dice:
 Ea, si es que lo entiendes,
 Dime ¿qué significa
 El arco de esta suerte?
 Lo examina el de Atenas,
 Piensa, cavila, vuelve,
 Y se fatiga en vano,

Pues que no lo comprehende:
 El Frigio victorioso
 Le dijo: amigo, advierte,
 Que romperás el arco,
 Si está tirante siempre:
 Si flojo ha de servirte.
 Cuando tu lo quisieres.

Si al ánimo estudioso
 Algun recreo dieres,
 Volverá á sus tareas
 Mucho mas útilmente.

FABULA VII.

Demetrio y Menandro.

Si te falta el buen nombre
 Fabio, en vano presumes
 Que en el mundo te tengan por grande hombre
 Sin mas que por tus galas y perfumes.
 Demetrio el Faleriano se apodera
 De Atenas; y aunque fué con tiranía,
 De agradable manera
 Los del vulgo le claman á porfia.
 Los grandes y los nobles distinguidos
 Con fingido placer la mano besan
 Que los tiene oprimidos.
 Aun á los que en el ocio se embelesan,
 Y á la poltrona gente
 Los arrastra el temor al cumplimiento:
 Con ellos va Menandro juntamente,

Dramático escritor de gran talento,
 Cuyas obras leyó sin conocerle
 Demetrio: con perfumes olorosos,
 Y pasos afectados entra. Al verle
 Llegar entre los tardos perezosos
 El nuevo Archonte prorrumpió enojado:
 ¿Con qué valor se pone en mi presencia
 Ese hombre afeminado?
 Señor (le respondió la concurrencia)
 Es Menandro, el autor. Al punto muda
 De semblante el tirano:
 Al escritor saluda,
 Y con grata expresion le da la uano.

FÁBULA VIII.

Las Hormigas.

Lo que hoy en las Hormigas son,
 Eran los hombres antaño:
 De lo propio y de lo extraño
 Hacian su provision.
 Júpiter, que tal pasion
 Noto de siglos atrás,
 No pudiendo aguantar mas,
 En Hormigas los transforma:
 Ellos mudaron de forma:
 ¿Y de costumbres? Jamas.

Los Gatos Escrupulosos.

A las once, y aun mas de la mañana
La cocinera Juana,
Con pretexto de hablar à la vecina,
Se sale, cierra, y deja en la cocina
À *Micifuf* y *Zapiron* hambrientos.
Al punto (pues no gastan cumplimento
Gatos enhambrecidos)
Se avanzan à probar de los cocidos:
¡Fú, dijo *Zapiron*, maldita olla!
¡Como abrasa! Veamos esa polla,
Que està en el asador lejos del fuego.
Y tambien escaldado, desde luego
Se arrima *Micifuf*, y en un instante
Muestra cada trincbante
Que en el arte cisoria, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones à Villena.
Concluido el asunto,
El señor *Micifuf* tocó este punto.
Utrum si se podía, ó no en conciencia
Comer el asador, ¡Ó qué demencia!
(Esclamó *Zapiron* en altos gritos)
¡Cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes que el herrero
Ha llevado por él mucho dinero,
Y que, si bien la cosa se examina,
Entre la bateria de cocina
No hay un mueble mas sério y respetable?

Tu pasion te ha engañado miserable.
Micifuf en efecto
Abandonó el proyecto;
Pues eran los dos Gatos
De suerte timoratos.
Que si el diablo, tentando sus pasiones,
Les pusiese asadores à millones
(No hablo yo de las pollas) ó me engaño,
O no comieran uno en todo el año.

De otro modo.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y *Zapiron*
Se comieron un capon
En un asador metido.
Despues de haberse tamido
Trataron en conferencia
Si obrarian con prudencia
En comerse el asador.
¿Le comieron? No señor.
Era caso de conciencia.

FABULA X.

El Aguila y la asamblea de los Animales.

Todos los Animales cada instante
Se quejaban à Júpiter tonante
De la misma manera

Que si fuese un alcalde de montera.
 El dios (y con razon) amostazado
 Viéndose importunado,
 Por dar fin de una vez á las querellas,
 En lugar de sus rayos y centellas,
 De recetor envia desde el cielo
 Al aguila rapante, que de un vuelo
 En la tierra juniò á los animales,
 Y espusieron en suma cosas tales.
 Pidiò el leon la astucia del raposo:
 Este de aquel lo fuerte y valeroso:
 Envidia la paloma al gallo fiero:
 El gallo á la paloma lo ligero:
 Quiere el sabueso patas mas felices,
 Y cuenta como nada sus narices.
 El galgo lo contrario solicita:
 Y en fin (cosa inaudita)
 Los peces, de las hondas ya cansados,
 Quieren poblar los bosques y los padros;
 Y las bestias, dejando sus lugares
 Surcar las olas de los anchos mares.
 Despues de oirlo todo,
 El Agula concuye de este modo:
 ¿ Ves, maldita caterva impertinente,
 Que entre tanto viviente
 De uno y otro elemento,
 Pues nadie està contento,
 No se encuentra feliz ningun destino?
 ¿ Pues para que envidiar el del vecino?
 C n solo este discurso,
 Aun el bruto mayor de aquel concurso
 Se diò por convencido.

De modo que sabido,
 Que ya solo se matan los humanos
 En envidiar la suerte á sus hermanos.

FABULA XI.

La Paloma.

Un pozo pintado viò.
 Una Paloma sedienta ;
 Tiròse á él tan violenta,
 Que contra la tabla diò.
 Del golpe al suelo cayò,
 Y allí murió de contado.
 De su apetito guiado
 Por no consultar al juicio.
 Así vuela al precipicio
 El hombre desenfrenado.

FABULA XII.

El Chibo afeitado.

Vaya una quisicosa.
 Si aciertas, Juana hermosa,
 Cual es el animal mas presumido,
 Que rabia por hacerse distinguido
 Entre sus semejantes,
 Te he de regalar un par de guantes.
 No es el pavon, ni el gallo

Ni el Leon, ni el caballo,
 Y así no me fatigues con demandas.—
 ¿Será tal vez... el mono?—cerca le andas.
 ¿El mico?—Que te quemas;
 Pero no acertarás: no, no lo temas.
 Déjalo, no te canses el caletre.
 Yo te diré cual es: el *petimetre*.
 Este vano orgulloso
 Pierde tiempo, doblones y reposo
 En hacer distinguida su figura.
 No para en los adornos su locura:
 Hace estudio de gastos y de acciones
 A costa de violentas contorsiones.
 De perfumes va siempre prevenido:
 No quiere oler à hombre ni en descuido.
 Que mire, marche, ò hable,
 En todo busca hacerse *remarcable*.
 ¿Y qué consigue? lo que todo necio:
 Quanto mas se distingue, mas desprecio.
 En la historia siguiente yo me fundo.
 Un Chivo como muchos en el mundo,
 Vano estremadamente,
 Se miraba al espejo de una fuente.
 ¡Qué lástima, decia,
 Que esté mi juventud y lozania
 Por siempre disfrazada
 Debajo de esta barba tan poblada!
 ¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
 No tienen ni aun vigotes los varones;
 Pues ya cuentan que son los Moscovitas,
 Si barbones ayer, hoy señoritas.
 ¡Qué cabrunos estilos tan groseros!

À bien que estoy en tierra de barberos.
 La historia fuè en Tetuan, y todo el dia
 La barberil guitarra se sentía:
 El Chivo fue guiado de su tono
 À la tienda de un mono
 Barberillo afamado,
 Que afeitó al señorito de confado.
 Sale barbilampiño à la campaña.
 Al ver una figura tan estraña
 No hubo perro, ni gato
 Que no le hiciese burla al mentecato
 Los Chivos le desprecian de manera
 Que no hay mas que decir. ¡Quién lo creyera!
 Un respetable macho
 Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO TERCERO.

FÁBULA PRIMERA.

El Naufragio de Simónides.

Á ELISA.

En tanto que tus vanas compañeras,
 Cercadas de galanes seductores,
 Escuchan placeras
 En la escuela de Venus los amores;
 Elisa, retirada te contemplo
 De la diosa Minerva al sacro templo,
 Ni eres menos donosa,
 Ni menos agraciada
 Que Clori ponderada
 De gentil y de hermosa;
 Pues, Elisa divina, ¿Por qué quieres
 Huir en tu retiro los placeres?
 ¡Ó sábia, qué bien haces.
 En estimar en poco la hermosura,
 Los placeres fugaces,
 El bien que solo dura
 Como rosa que el àbrego marchital
 Tu prudencia infinita
 Busca el sólido bien y permanente
 En la virtud y ciencia solamente.
 Cuando el tiempo implacable con presteza,

Ó los males tal vez inopinados,
 Se lleven la hermosura y gentileza,
 Con lágrimas estériles llorados
 Serán aquellos dias que se fueron,
 Y á juegos vanos tus amigos dieron;
 Pero á tu bien estable
 No hay tiempo ni accidente que consuma:
 Siempre serás feliz, siempre estimable,
 Eres sábia, y en suma
 Este bien de la ciencia no perece,
 Oye como esta fábula lo esplica,
 Que mi respeto á tu virtud dedica.
 Simónides en Asia se enriquece,
 Cantando á justo precio los lores
 De algunos generosos vencedores.
 Este sábio poeta con deseo
 De volver á su amada patria Ceo,
 Se embarca, y en la mar embravecida
 Fué la mísera nave sumergida.
 De la gente á las ondas arrojada,
 Sale quien diestro nada;
 Y el que nadar no sabe
 Fluctua en las reliquias de la nave.
 Pocos llegan á tierra afortunados
 Con las naufragas tablas abrazados.
 Todos cuantos el oro recogieron
 Con el peso abrumados perecieron.
 A Clecémone van: allí vivia
 Un varon literato, que leia
 Las obras de Simónides, de suerte,
 Que al conversar los naufragos, adviere
 Que Simónides habla, y en su estilo

Le conoce: le presta todo asilo
 De vestidos, criados y dineros;
 Pero á sus compañeros
 Les quedó solamente por sufragio
 Mendigar con la tabla del naufragio.

FÁBULA II.

El Filósofo, y la Pulga.

Meditando á sus solas cierto día
 Un pensador filósofo decía:
 El jardín adornado de mil flores,
 Y diferentes árboles mayores,
 Con su fruta sabrosa enriquecidos,
 Tal vez entretejidos
 Con la frondosa vid que se derrama
 Por una y otra rama,
 Mostrando á todos lados
 Las peras y racimos desgajados.
 Es cosa destinada solamente
 Para que la disfruten libremente
 La oruga, el caracol, la mariposa:
 No se persuaden ellos otra cosa.
 Los pájaros sin cuento,
 Borlándose del viento,
 Por los aires sin dueño van girando.
 El milano cazando
 Saca la consecuencia:
 Para mí los crió la providencia.
 El cangrejo en la playa envanecido

Mira los anchos mares, persuadido
 De que las olas tienen por empleo
 Solo satisfacerte su deseo;
 Pues cree que van y vienen tantas veces
 Por dejarle en la orilla ciertos peces.
 No hay (prosigue el Filósofo profundo)
 Animal sin orgullo en este mundo.
 El hombre solamente
 Puede en esto alabarse justamente.

Cuando yo me contemplo colocado
 En la cima de un risco agigantado,
 Imagino que sirve á mi persona
 Todo el cóncavo cielo de corona.
 Veo á mis pies los mares espacuosos,
 Y los bosques umbrosos
 Poblados de animales diferentes,
 Las escamosas gentes
 Los brutos, y las fieras,
 Y las aves ligeras,
 Y cuanto tiene aliento
 En la tierra, en el agua, y en el viento,
 Y digo finalmente: todo es mío.
 ¡Ó grandeza del hombre y poderío!

Una pulga que oyó con gran cachaza
 Al Filósofo maza,
 Dijo: cuando me miro en tus narices,
 Como tú sobre el risco, que nos dices,
 Y contemplo á mis pies aquel instante
 Nada menos que al hombre dominante,
 Que manda en cuanto encierra
 El agua, viento y tierra,
 Y que el tal poderoso caballero

De alimento me sirve cuando quiero,
 Concluyo finalmente: todo es mío.
 ¡O grandeza de Pulga y poderío!
 Así dijo, y saltando se le ausenta.

De este modo se afrenta
 Aun al mas poderoso,
 Cuando se muestra vano y orgulloso.

FABULA III

El Cazador, y los Conejos.

Poco antes que esparciese
 Sus cabellos en hebras
 El rubicundo Apolo
 Por la faz de la tierra,
 De Cazador armado
 Al soto Fabio llega.
 Por el nudoso tronco
 De cierta encina vieja
 Sube para ocultarse
 En las ramas espesas.
 Los incautos Conejos
 Alegres se le acercan.
 Uno del verde prado
 Igualaba la yerba:
 Otro, cual jardinero,

Las florecillas siega
 El tomillo y romero
 Este y aquel cercenan.
 Entre tanto al mas gordo
 Fabio su tiro asesta:
 Dispara, y al estruendo
 Se meten en sus cuevas
 Tan repentinamente,
 Que á muchos pareciera,
 Que (salvo el muerto) á todos
 Se los tragó la tierra.
 ¿Después de tal espanto
 Habrá alguno que crea
 Que de allí á poco rato
 La tímida caterva,
 Olvidando el peligro,
 Al riesgo se presentan?
 Cosa estraña parece,
 Mas no se admiren de ella,
 ¿Acaso los humanos
 Obran de otra manera?

FABULA IV.

El Filósofo, y el Faisan.

Llevado de la dulce melodia
 Del cántico variado, y delicioso,
 Que en un bosque frondoso
 Las aves forman saludando al dia;

Entró cierta mañana
 Un sábio en los dominios de Diana.
 Sus pasos esparcieron el espanto
 En la agradable estancia:
 Interrúmpese el canto:
 Las aves vuelan á mayor distancia:
 Todos los animales asustados
 Huyen delante de él precipitados,
 Y el Filósofo queda
 Con un triste silencio en la arboleda.
 Marcha [con cauto paso ocultamente:
 Descubre sobre un árbol eminente
 Á un Faisan rodeado de su cria,
 Que con amor materno la decia:
 Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
 Largamente os hablé de los milanos,
 De los buitres yalcones,
 Hoy hemos de tratar de los humanos.
 La oveja en leche y lana
 Da abrigo y alimento
 Para la raza humana;
 Y en agradecimiento
 Á tan gran bienhechora,
 La mata el hombre mismo y la devora.
 Á la abeja, que labra sus panales
 Artificiosamente,
 La roba, come, vende sus caudales,
 Y la mata en egércitos su gente.
 ¿Qué recompensa en suma
 Consigue al fin el ganso miserable
 Por el precioso bien incomparable
 De ayudar á las ciencias con su pluma?

Le da muerte temprana el hombre ingrato
 Y hace de su cadáver un gran plato:
 Y pues que los humanos son peores
 Que milanos y azores,
 Y que toda perversa criatura,
 Huireis con horror de su figura
 Así charló: y el hombre se presenta.
 Ese es (grita la madre): y al instante,
 La familia volante
 Se desprende del árbol y se asenta.
 ¡O como habló el Faisan! ¡Mas qué dijera
 (El Filósofo esclama) si supiera,
 Que en sus propios hermanos
 La ingrítitud ejercen los humanos!

FABULA V.

El Zapatero Médico.


Un inhábil y hambriento Zapatero
 En la corte por médico corria:
 Con un contraveneno que fingia
 Ganó fama y dinero.
 Estaba el Rey postrado en una cama
 De una grave dolencia:
 Para hacer esperiencia
 Del talento del Médico, le llama.
 El antidoto pide, y en su vaso
 Finge el Rey que le mezcla con veneno:
 Se lo manda beber: el tal Galeno

Teme morir: confiesa todo el caso,
 Y dice; que sin ciencia
 Logró hacerse doctor de grande precio
 Por la credulidad del vulgo necio.
 Convoca el Rey al pueblo: !Qué demencia
 Es la vuestra (esclamó) que habeis fiado
 La salud francamente
 De un hombre á quien la gente
 Ni aun queria fiarle su calzado!

Esto para los crédulos se cuenta,
 En quienes tiene el charlatan su renta.

FÁBULA VI.

El Murciélago, y la Comadreja

ayó sin saber como
 Un murciélago á tierra,
 Al instante le atrapa
 La lista Comadreja.
 Clamaba el desdichado
 Viendo su muerte cerca.
 Ella le dice: muere,
 Que por naturaleza
 Soy mortal enemiga
 De todo cuanto vuela.
 El avechuelo grita,
 Y mil veces protesta
 Que él es raton, cual todos

Los de su descendencia
 Con esto ¡què fortuna!
 El preso se liberta.
 Pasado cierto tiempo,
 No sé de qué manera,
 Segunda vez le pillá:
 Él nuevamente ruega;
 Mas ella le responde
 Que Júpiter la ordena
 Tenga paz con las aves,
 Con los ratones guerra
 ¿Soy yo raton acaso?
 Yo creo que estás ciega
 ¿Quieres ver como vueloz
 En efecto, le deja,
 Y á merced de su ingenio
 Libro el pájaro vuela.

Aquí aprendió de Esopo
 La gente marinera,
 Murciélagos que fingen
 Pasaporte y bandera.
 No importa que haya pocos
 Ingleses Comadrejas,
 Tal vez puede de un riesgo
 Sacarnos una treta.

FÁBULA VII.

La Mariposa, y el Caracol.

unque te haya elevado la fortuna

Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande serás necio.
¿Qué? ¿te irritas? ¿Te ofende mi language?
No se habla de ese modo á un personage.
Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
Y escucha á un Caracol. Vaya de chisto

En un bello jardín cierta mañana
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una recién nacida Mariposa.
El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcía:
Ella á su luz las alas estendia,
Solo porque envidiasen sus colores,
Manchadas aves, y pintadas flores.
Esta vana, preciada de belleza,
Al volver glorióse
Vió muy cerca de sí sobre una rama
Á un pardo Caracol. La bella dama
Irritada exclamó: ¿Como, grosero,
Á mi lado te acercas? Jardinero,
De qué sirve que tengas con cuidado
El jardín cultivado,
Y guardes tu desvelo
La rica fruta del rigor del yelo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil Caracol de baja esfera?
Ó mátales al instante, ó vaya fuera.

Quien ahora te oyese,
Si no te conociese,
(Respondió el Caracol) en mi conciencia,
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias,
Que gustosa soñias
Como humilde réptil andar conmigo,
Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
¿No es tambien evidente,
Que eres por linea recta descendiente
De los orugas, pobres bilanderos,
Qué mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejian
Un fardo, en que en el invierno se metian,
Como tú te has metido,
Y aun no hace cuatro dias que has salido?
Pues si este fué tu origen y tu casa,
¿Porqué tu ventolera se propasa
A despreciar á un Caracol honrado

El que tiene de vidrio su tejado,
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ageno.

FÁBULA VIII.

Los dos Titiriteros.

Todo el pueblo admirado

Estaba en una plaza amontonado,
 Y en medio se empinaba un Titiritero
 Enseñando una bolsa sin dinero.
 Pase de mano en mano, les decia,
 Señores: no hay engaño: está vacia.
 Se la vuelven: la sopla, y al momento
 Derrama pesos duros, ¡qué portentol
 Levántase un murmullo de repente
 Cuando ven por encima de la gente
 Otro Titiritero á competencia.
 Queda en espectacion la concurrencia
 Con silencio profundo.
 Cesó el primero, y empezó el segundo.
 Presenta de licor unas botellas:
 Algunos se arrojaron hácia ellas,
 Y al punto las hallaron transformadas
 En sangrientas espadas.
 Muestra un par de bolsillos de doblones:
 Dos personas, sin duda dos ladrones,
 Les echaron la garra muy ufanos,
 Y se ven dos cordeles en sus manos.
 A un relator cargado de procesos
 Una letra le enseña de mil pesos.
 Sople usted? sopla el hombre apresurado,
 Y le cierra los labios un candado.
 A un abate arrimado á su cortejo
 Le presenta un espejo,
 Y al mirar su retrato peregrino,
 Se vió con las orejas de pollino.
 A un santero le manda
 Que se acerque: le pillá la demanda:

Y allá con sus hechizos
 La convirtió en merienda de chorizos.
 A un jóven desenvuelto y rozagante
 Le regala un diamante:
 Este le dió á su dama, y en el punto
 Pálido se quedó como un difunto:
 Item mas: sin narices y sin dientes.
 Allí fué la rechifa de las gentes,
 La burla, y la chacota:
 El primer Titiritero se alborota:
 Dice por el segundo con denuedo:
 Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
 Pues no encierran virtud tan peregrina
 Los polvos de la madre Celestina.
 Que declare su nombre.
 El concurso lo pide, y el buen hombre
 Entonces mas modesto que un novicio,
 Dijo: no soy el diablo, sino el vicio:

FÁBULA IX.

El Raposo, y el Perro.

De un modo muy afable y amistoso
 El Mastin de un pastor con un Raposo
 Se solia juntar algunos ratos,
 Como tal vez los perros y los gatos
 Con amistad se tratan. Cierto dia
 El Zorro á su compadre le decia:
 Estoy muy irritado:
 Los hombres por el mundo han divulgado,

Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
 Les anda circumeirca en la malicia.
 ¡Ah maldita canalla!
 Si yo pudiera... En esto el Zorro calla,
 Y erizado se agacha. Soy perdido,
 (Dice) los cazadores he oído
 ¿Qué me sucede? Nada.
 No temas (le responde el camarada)
 Son las gentes que pasan al mercado.
 Mira, mira, cuidado,
 Marchar aldas en cinta à mis vecinas
 Coronadas con cestas de gallinas.
 No estoy (dijo el Raposo) para fiestas:
 Vete con tus gallinas, y tus cestas,
 Y satiriza à otro. Porque sabes
 Que robaron à noche algunas aves.
 ¿He de ser yo el ladron? En mi conciencia
 Que hablas dijo el Mastin con inocencia:
 ¿Yo pensar que has robado gallinero,
 Cuando siempre te vi como un cordero?
 ¿Cordero! (esclama el Zorro) no hay aguante.
 Que cordero me vuelva en el instante,
 Si he hurtado el que falta en tu majada.
 ¡Ola! (concluye el Perro) camarada,
 El ladron es usted, segun se esplica,
 El estuche molar al punto aplica
 Al misero Raposo,
 Para que asi escarmiente el cosquilloso,
 Que de las fabulillas se resiente.
 Si no estás inocente, ¿por qué no bajas las orejas?
 Dime ¿por qué no bajas las orejas?
 Y si acaso lo estás ¿de qué te quejas?

LIBRO CUARTO.

FÁBULA PRIMERA.

El Gato, y las Aves.

Charlatanes se ven por todos lados!
 En plazas y en estrados,
 Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
 A todo el mundo por su linda cara.
 Este químico y médico excelente;
 Cura à todo doliente;
 Pero *gratis*: no se hable de dinero.
 El otro petimetre caballero
 Canta, toca, dibuja, borda, danza,
 y ofrece la enseñanza
Gratis por aficion à cierta gente.
 Verémos en la fábula siguiente
 Si puede haber en esto algun engaño.
 La prudente cautela, no hace daño.

Dejando los desvanes y rincónes
 El señor *Mirrimiz*, Gato de mañana
 Se salió de la villa à la campaña.
 En parage sombrío
 A la orilla de un rio,
 De sauces coronado,
 En unas matas se quedó agachado.
 El Gatazo callaba como un muerto


Escuchando el concierto
De dos mil avecillas
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Mientras no se acercaban á su mano
Los músicos volantes: pues queria
Mirrimiz arreglar la sinfonía.

Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *bravo bravo*,
La turba calla, cada cual procura
Alejarse; ò meterse en la espesura
Mas el les persuadió con buenos modos,
Y al fin logró que le escuchasen todos.

No soy gato montés, ó campesino;
Soy honrado vecino
De la cercana villa:
Fuí Gato de un maestro de capilla:
La música aprendí: y aun si me empeno.
Vereis como os la enseño;
Pero *gratis*: y en menos de una hora.
¡Qué cosa tan sonora
Será el oír un coro de cantores,
Verbigracia calandrias, ruiseñores!
Con estas y otras cosas diferentes
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
Todas en torno de él se colocaron.
Entonces con mas gracia,
Y mas diestro que el músico de Tracia,
Echando su compás hácia el mas gordo,
Consigué *gratis* mercendarse un tordo.

FABULA II.

La Danza Pastoril.

 la sombra que ofrece
Un gran peñon tajado,
Por cuyo pie corria
Un arroyuelo manso,
Se formaba en estío
Un delicioso prado:
Los árboles silvestres
Aquí y allí plantados,
El suelo siempre verde
de mil flores sembrado,
Mas agradable hacian
El lugar solitario.
Contento en él pasaba
La siesta, recostado
Debajo de una encina,
Con el albogue Bato.
Al son de sus tonadas
Los pastores cercanos,
Sin olvidar algunos
La guarda del ganado,
Descendian ligeros
Desde la sierra al llano.
Las honestas zagalas
Segun iban llegando,
Bailaban lindamente
Asidas de las manos

En torno de la encina
 Donde tocaba Bato.
 De las espesas ramas
 Se veía colgando
 Una guirnalda bella
 De rosas y amaranto.
 La fiesta presidia
 Un mayoral anciano;
 Y ya que el regocijo
 Bastó para descanso,
 Antes que se volvíesen
 Alegres al rebaño,
 El viejo presidente
 Con su corvo cayado
 Alcanzó la guirnalda,
 Que pendía del árbol.
 Y coronó con ella
 Los cabellos dorados
 De la gentil zagala,
 Que con sencillo agrado
 Supo ganar á todas
 En modestia y recato.

Si la virtud premiaran
 Así los cortesanos.
 Yo sé que no huirían
 Desde la corte al campo.

Los dos Perros

Procare ser en todo lo posible
 El que ha de reprehender irreprensible.

Sultan, Perro goloso y atrevido,
 En su casa robó, por un descuido,
 Una pierna excelente de carnero.
Pinto (gran tragador) su compañero
 Le encuentra con la presa encarnizado,
 Ojo al traves, colmillo acicalado,
 Fruncidas las narices, y gruñendo.
 ¿Qué cosa estás haciendo,
 Desgraciado *Sultan*? (*Pinto* le dice)
 ¿No sabes, infelice,
 Que un Perro infiel, ingrato
 No merece ser Perro, sino gato?
 ¡Al amo, que nos fia
 La custodia de casa noche y dia,
 Nos halaga, nos cuida y alimenta,
 Le das tan buena cuenta
 Que le robas goloso
 La pierna del carnero mas jugoso!
 Como amigo te ruego
 No la maltrates mas; déjala luego.
 Hablas (dijo *Sultan*) perfectamente.
 Una duda me queda solamente
 Para seguir al punto tu consejo:
 Di: ¿te la comerás; si yo la dejo?

La Moda.

Despues de haber corrido
 Cierta danzante mono
 Por cantones y plazas,
 De ciudad en ciudad el mundo todo,
 Logró (dice la historia,
 Aunque no cuenta el cómo)
 Volverse libremente
 A los campos de Africa orgulloso.
 Los monos al viagero
 Reciben con mas gozo
 Que á Pedro el Czar los rusos,
 Que los griegos á Ulises generoso.
 De leyes, de costumbres
 Ni él habló, ni algun otro
 Le preguntó palabra:
 Pero de trages y de modas todos.
 En cierta gerigonza,
 Con estrangero tono,
 Les hizo un *gran detalle*
 De lo mas *remarcable* á los curiosos.
 Empecemos (decian)
 Aunque sea por poco.
 Hiciéronse zapatos
 Con cáscaras de nueces por lo pronto
 Toda la raza mona
 Andaba con sus choclos,
 Y el no traerlos era

Faltar á la decencia y al decoro.
 Un Leopardo hambriento
 Trepa tras los monos;
 Ellos huir intentan
 A salvarse en los árboles del soto.
 Las chinelas lo estorban
 Y de muy fácil modo
 Aquí y allí mataba,
 Haciendo á su placer dos mil destrozos.
 En Tetuan desde entonces
 Manda el senado docto,
 Que cualquiera uso, ó moda
 De paises cercanos ó remotos,
 Antes que llegue el caso
 De adoptarse en el propio,
 Haya de examinarse
 En junta de políticos á fondo,
 Con tan justo decreto,
 Y el suceso horroroso,
 ¿Dejaron tales modas?
 Primero dejarian de ser monos,

FABULA V.

El Lobo, y el Mastín.

Trampas, redes y perros
 Los zelosos pastores disponian
 En lo oculto del bosque, y de los cerros
 Porque matar querian

A un Lobo por el bárbaro delito
 De no dejar à vida ni un cabrito.
 Hallóse cara à cara
 Un Mastin con el Lobo de repente;
 Y cada cual se pára.
 Tal como en Zama estaban frente à frente
 Antes de la batalla muy serenos
 Anibal y Scipion: ni mas ni menos,
 En esta suspension treguas propone
 El Lobo à su enemigo.
 El Mastin no se opone,
 Antes le dice: amigo,
 Es cosa bien estraña por mi vida
 Meterse un señor Lobo à cabricida.
 Ese cuerpo brioso,
 Y de pejanza fuerte,
 Que mate al Javalí, que venza al Oso:
 ¿Mas qué dirán al verte
 Que lo valiente y fiero
 Empleas en la sangre de un cordero?
 El Lobo le responde: camarada,
 Tienes mucha razon: en adelante
 Propongo no comer sino ensalada.
 Se despiden, y toman el portante.
 Informados del hecho
 Los pastores se apuran y patean:
 Agarran al Mastin, y le apalean.
 Digo que fué bien hecho
 Pues en vez de ensalada en aquel año
 Se fue comiendo el Lobo su rebaño.
 ¿Con una reprehension, y con un consejo

Se pretende quitar un vicio añejo ?

FÁBULA VI.

La Hermosa, y el Espejo.



uarda la bella

Tenia un amigo

Con quien consultaba

Todos sus caprichos:

Colores de moda,

Mas ó menos vivos,

Plumas, sombrerete,

Lunares y rizos

Jamas en su adorno

Fueron admitidos,

Si él no la decia:

Gracioso, bonito.

Cuando su hermosura,

Llena de atractivo,

En sus verdes años

Tenia mas brillo,

Traidoras la roban

(Ni acierto à decirlo)

Las negras viruelas

Sus gracias y hechizos:

Llegóse al Espejo:

Este era su amigo;

Y como se jacta

De fiel y sencillo,

Lisa y llanamente
 La verdad la dijo.
 Anarda furiosa,
 Casi sin sentido,
 Le vuelve la espalda
 Dando mil quejidos.
 Desde aquel instante
 Cuenta que no quiso
 Volver á consultas
 Con el señor mio.
 Escúchame, Anarda:
 Si buscas amigos,
 Que te representen
 Tus gracias y hechizos;
 Mas que no te adviertan
 Defectos, y aun vicios,
 De aquellos que nadie
 Conoce en sí mismo,
 Dime ¿de qué modo
 Podrás corregirlos?

FÁBULA VII.

El Viejo, y el Chalan.

Fabio está, no lo niego, muy notado
 De una cierta pasion, que le domina;
 ¿Mas qué importa, señor? si se examina,
 Se verá que es un mozo muy honrado,
 Generoso, cortés, hábil, activo,

Y que de todo entiende
 Cuanto pide el empleo que pretende.
 Y qué, ¿no se le dan?... ¿Por que motivo?...
 Trataba un Viejo de comprar un perro
 Para que le guardase los doblones;
 Le decia el Chalan estas razones:
 Con un collar de hierro,
 Que tenga el animal, échenle gente:
 Es hermoso, pujante,
 Leal, bravo, arrogante;
 Y aunque tiene la falta solamente
 De ser algo goloso....
 ¿Goloso? (dice el rico) no le quiero.
 No es para marmiton, ni despensero,
 (Continua el Chalan muy presuroso):
 Sino para valiente centinela,
 Menos: (concluye el Viejo)
 Dejará que me quiten el pellejo
 Para lamer entretanto la cazuela,

FÁBULA VIII.

La Gata con cascabeles,

Salió cierta mañana
 Zapaquilda al tejado
 Con un collar de grana,
 De pelo y cascabeles adornado.
 Al ver tal maravilla
 Del alto corredor y la guardilla

Van saltando los Gatos de uno en uno.
 Congrégase al instante
 Tal concurso gatuno
 En torno de la Dama rozagante,
 Que entre flexibles colas arboladas,
 Apenas divisarla se podía.
 Ella con mil monadas
 El cascabel parlero sacudia;
 Pero cesando al fin el sonsonete,
 Dijo que por juguete
 Quitó el collar al perro su señora,
 Y se le puso á ella.
 Cierta que *Zapaquilda* estaba bella:
 A todos enamora
 Tanto que la gatesca compañía,
 Cual dice su atrevido pensamiento;
 Cual se encrespa zeloso;
 Riñen este y aquel con ardimiento;
 Pues con ansia queria
 Cada gato soltero ser su esposo.
 Entre los arañazos y maullidos
 Levántase *Garra*, gato prudente:
 Y á los enfurecidos
 Les grita: novel gente,
 ¿Gata con cascabeles por esposa?
 ¿Quien pretende tal cosa?
 ¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
 Y que la dama hambrienta
 Necesita sin duda que el marido,
 Ausente y aburrido,
 Busque la provision en los desvanes,
 Mientras ella cercada de galanes,

Porque el mundo la vea,
 De tejado en tejado se pasea?
 Marchóse *Zapaquilda* convencida,
 Y lo mismo quedó la concurrencia.

¿Cuántos chascos se llevan en la vida
 Los que no miran mas que la apariencia!

FABULA IX.

El Ruiseñor, y el Mochuelo.

Una noche de mayo,
 Dentro de un bosque espeso.
 Donde segun reinaba
 La triste obscuridad con el silencio,
 Parece que tenia
 Su habitacion Morfeo:
 Cuando todo viviente
 Disfrutaba de dulce y blando sueño;
 Pendiente de una rama
 Un ruiseñor parlero
 Empezó con sus ayes
 A publicar sus dolorosos zelos.
 Despues de mil querellas,
 Que llegaron al cielo,
 A cantar empezaba
 La antigua historia del infiel *Teseo*,
 Cuando sin saber como
 Un cazador mochuelo
 Al músico arrebató.

Entre las corvas uñas prisionero.
Jamás Pan con la flauta
Igualó sus gorgeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo;
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudían su muerte, yo lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo *Farinelo*
Viniese á despertarme
Mientras que yo dormía en blando lecho,
En lugar de los *bravos*,
Diría: caballero,
¡Que no viniese ahora
Para tal rui señor algún *Mochuelo*!

Clori tiene mil gracias,
¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

FÁBULA X.

El Amo, y el Perro.

Callen todos los perros de este mundo.
Donde está mi *Palomo*:
Es fiel (decía el Amo) sin segundo,
Y me guarda la casa... ¿Pero cómo?
Con la despensa abierta

Le dejé cierto día:
En medio de la puerta
De guardia se plantó con bizarría.
Un formidable gato,
En vez de perseguir á los ratones,
Se venía guiado del olfato
A visitar chorizos y jamones
Palomo le despide buenamente:
El gatazo se encrespa y acalora:
Riñen sangrientamente,
Y mi *guarda-jamones* le devora.
Esto contaba el amo á sus amigos,
Y después á su casa se los lleva
A que fuesen testigos
De tal fidelidad en otra prueba.
Tenía al buen *Palomo* prisionero
Entre manidas pollas y perdices:
Los sebosos riñones de un carnero
Casi casi le untaban las narices.
Dentro de este retiro á penitencia
El triste fue metido.
Después de algunos días de abstinencia
Al fin ya su señor compadecido,
Abre con sus amigos el encierro:
Sale rabo entre piernas agachado:
Al Amo se acercaba el pobre Perro,
Lamiéndose el hocico ensangrentado.
El Dueño se alborota y enfurece
Con tal fatales nuevas.
Yo le preguntaría: ¿Y qué merece
Quien la virtud espone á tales pruebas?

FÁBULA XI.

Los dos Cazadores.

Que en una marcial funcion,
 Ó cuando el caso lo pida,
 Arriesgue un hombre su vida,
 Digo que es mucha razon.

Pero el que por diversion
 Esponer su vida quiera
 A juguete de una fiera,
 Ó peligros no menores,
 Sepa de dos Cazadores
 Una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso,
 Y Juan Carranza el prudente,
 Vieron venir frente á frente
 Al Lobo mas horroroso.
 El prudente, temeroso
 A una encina se abalanza,
 Y cual otro Sancho Panza
 En las ramas se salvó.
 Pedro Ponce allí murió.
 Imitemos á Carranza.

FÁBULA XII.

El Gato, y el Cazador.

Quiero Gato en poblado descontento,
 Por mejorar sin duda su destino,

(Que no seria Gato de convento)
 Pasó de ciudadano á campesino.

Metióse santamente
 Dentro de una covacha; mas no léjos
 De un gran soto poblado de conejos.

Considera el lector piadosamente
 Si el novel hermitaño
 Probaria la yerba en todo el año.
 Lo mejor de la caza devoraba,
 Haciendo mil excesos;

Mas al fin por el rastro que dejaba
 De plumas y de huesos,
 Un Cazador lo advierte: le persigue:
 Arma trampas y redes con tal maña,
 Que al instante consigue

Atrapar la carnívora aimaña.
 Llegase el Cazador al prisionero:
 Quiere darle la muerte:
 El animal le dice: caballero,
 Duélase de la suerte

De un triste pobrecito,
 Metido en la prison, y sin delito.—
 ¿Sin delito me dices,
 Cuando sé que tus uñas y tus dientes
 Devoran infinitos inocentes?—

Señor, eran conejos y perdices;
 Y yo no hacia mas, á fe de Gato,
 Que lo que ustedes hacen en el plato.—
 Ea, pícaro, muere,
 Que tu mala razon no satisface,
 ¿Con que sea la cosa que se fuere
 La podrá usted hacer si otro la hace?

FÁBULA XIII.

El Pastor.

Salicio usaba tañer
 La zampoña todo el año,
 Y por oírle el rebaño
 Se olvidaba de pacer.
 Mejor sería romper
 La zampoña al tal Salicio;
 Porque si causa perjuicio,
 En lugar de utilidad,
 La mayor habilidad
 En vez de virtud, es vicio.

FÁBULA XIV.

El Tordo flautista.

Era un gusto el oír, era un encanto,
 A un Tordo gran flautista, pero tanto,
 Que en la gaita gallega,
 O la pasión me ciega
 O á Mison le llevaba mil ventajas.
 Cuando todas las aves se hacen rajas
 Saludando á la aurora,
 Y la turba confusa, charladora
 La canta sin compás, y con destreza
 Todo cuanto la viene á la cabeza,
 El flautista empezó: cesó el concierto.

Los pájaros con tanto pico abierto
 Oyeron en un tono soberano
 Las solías, la gaita, y el villano.

Al escuchar las aves tales cosas
 Quedaron admiradas y envidiosas.
 Los gilgueros (preciados de cantores,
 Los vanos ruseñores,
 Unos y otros corridos,
 Callan entre las hojas escondidos.
 Usano el Tordo grita: camaradas,
 Ni saben, ni sabrán estas tonadas
 Los pájaros ociosos,
 Sino los retirados estudiosos.

Sabed, que con un hábil zapatero
 Estudié un año entero;
 El dále que le das á sus zapatos,
 Y alternando, silvábamos a ratos.
 En fin, viéndome diestro,
 Vuela al campo, me dice mi maestro,
 Y harás ver á las aves de mi parte
 Lo que gana el ingenio con el arte.

FÁBULA XV.

El Raposo, y el Lobo.

Un triste Raposo
 Por medio del llano
 Marchaba sin piernas,
 Cual otro soldado
 Qué perdió las suyas

Allá en campo santo.
 Un Lobo le dijo:
 Ola, buen hermano,
 Diga ¿en qué refriega
 Quedó tan lisiado?
 ¡Ay de mi! (responde)
 Un maldito rastro
 Me llevó á una trampa,
 Donde por milagro,
 Dejando una pierna,
 Salí con trabajo.
 Después de algun tiempo
 Iba yo cazando,
 Y en la trampa misma
 Dejé pierna y rabo.
 El Lobo le dice:
 Creible es el caso.
 Yo estoy tuerto, cojo,
 Y desorejado
 Por ciertos mastines
 Guardas de un rebaño.
 Soy de estas montañas
 El Lobo decano;
 Y como conozco
 Las mañas de entrambos,
 Temo que acabemos,
 No digo enmendados,
 Sino tú en la trampa,
 Y yo en el rebaño,
 ¡Que el ciego apetito
 Pueda arrastrar tanto!
 A los brutos pase.

¡Pero á los humanos!

FÁBULA XVI.

El Ciudadano pastor.

Cierto Joven leía
 En versos excelentes
 Las dulces pastorelas
 Con el mayor deleite.
 Tenia la cabeza
 Llena de prados, fuentes,
 Pastores, y zagalas,
 Zamponas y rabeles.
 Al fin, cierta mañana
 Prorrumpe de esta suerte:
 ¡Yo he de estar prisionero
 Cercado de paredes
 Esclavo de los hombres,
 Y sujeto á las leyes,
 Pudiendo entre pastores
 Grata y sencillamente
 Disfrutar desde ahora
 La libertad campestre!
 De la ciudad al bosque
 Me marchó para siempre:
 Allí naturaleza
 Me brinda con sus bienes,
 Los árboles y rios
 Con frutas y con peces,
 Los ganados y abejas

Con la miel y la leche:
 Hasta las duras rocas
 Habitación me ofrecen
 En grutas coronadas
 De pámpanos silvestres.
 Desde tan bella estancia
 ¿Cuántas y cuantas veces,
 Al son de dulces flautas,
 Y sonoros rabeles,
 Oíré à los pastores.
 Que discretos contienden,
 Publicando en sus versos
 Amores inocentes?
 Como que ya diviso
 Entre el ramage verde
 A la pastora Nise,
 Que al lado de una fuente,
 Sentada al pié de un olmo,
 Una guirnalda teje.
 ¿Si será para Mopso?.....
 Tanto al Joven enciende
 Su loca fantasía,
 Que ya en fin se resuelve,
 Y en zagal disfrazado
 En los bosques se mete.
 A un Rabadan encuentra,
 Y le pregunta alegre:
Dime: ¿es de Melibeo
Ese ganado? — Miente,
 Que es mio; y sobre todo,
 Sea de quien se fuere.
 No respondió el buen hombre

Muy poéticamente.
 El joven temeroso
 De que tal vez le diese
 Con el fiero garrote,
 Que por cayado tiene,
 Sin chistar mas palabra
 Huyó bonitamente.
 Marchaba pensativo,
 Cuando quiso la suerte,
 Que cogiendo bellotas
 A la pastora viesse.
 ¡O Nise fementida,
 (Esclama) ¡cuántas veces
 Siendo niña, querias
 Que yo te recogiese
 La fruta con rocío
 De mis manzanos verdes!
 Diciendo así, se acerca
 La moza se revuelve,
 Y dándole un bufido
 En las breñas se mete.
 Sorprehendido el mancheo,
 Dice: ¿qué me sucede?
 ¿Son estos los pastores
 Discretos inocentes,
 Que pintan los poetas
 Tan delicadamente?
 A nuevos desengaños
 Ya no quiero esponerme.
 Rendido, caviloso
 A la ciudad se vuelve.

Yo siento á par del alma
 Que no se detuviese
 A disfrutar un poco
 De la vida campestre.
 Por mi fe que las migas,
 El pastoril albergue,
 El rigor del verano,
 Los yelos y las nieves
 Le hubieran persuadido
 Mucho mas vivamente,
 Que es un solemne loco
 Todo aquel que creyere
 Hallar en la esperiencia
 Cuanto el hombre nos pinta por deleite.

FABULA XVIII.

El Ladron.

Por catar una colmena
 Cierto goloso Ladron,
 Del venenoso aguijon
 Tuvo que sufrir la pena.
 La miel (dice) está muy buena.
 Es un bocado esquisito:
 Por el aguijon maldito
 No volveré al colmenar.
 ¡Lo que tiene el encontrar
 La pena tras el delito!

FABULA XVIII.

El Joven Filósofo, y sus compañeros.

Un Joven educado
 Con el mayor cuidado
 Por un viejo Filósofo profundo,
 Salió por fin á visitar el mundo.
 Concurrió cierto dia
 Entre civil y alegre compañía
 A una mesa abundante y primorosa.
 ¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
 ¡La mesa de cadáveres cubierta
 A la vista del hombre!... Y este acierta
 A comer los despojos de la muerte!
 El Joven declamaba de esta suerte.
 Al son de filosóficas razones,
 Devorando perdices y pichones,
 Le responden algunos concurrentes:
 Si usted ha de vivir entre las gentes,
 Deberá hacerse á todo.
 Con un gracioso modo,
 Alabando el bocado de esquisito,
 Le presentan un gordo pajarito.
 Cuanto usted ha exclamado será cierto:
 Mas en fin (le decian) ya está muerto.
 Pruébelo por su vida... Concidero
 Que otro le comerá, si no le quiere.
 La ocasion, las palabras, el ejemplo,
 Y segun yo contemplo,

Yo no sé qué olorcillo,
 Que exhalaba el caliente pajarillo,
 Al Joven persuadieron de manera,
 Que al fin se le comió. ¡Quién lo dijera!
 ¡Haber yo devorado un inocente!
 Así clamaba, pero friamente.
 Lo cierto es, que llevado de aquel cebo,
 Con mas facilidad cayó de nuevo.
 La ocasion se repite
 De uno en otro convite.
 Y de una codorniz á una becada,
 Llegó el Joven al fin de la jornada,
 Olvidando sus máximas primeras,
 A ser devorados como las fieras.

De esta suerte los vicios se insinuan,
 Crecen, se perpetuan
 Dentro del corazon de los humanos,
 Hasta ser sus señores y tiranos,
 ¿Pues qué remedio?... Incautos jóvencitos
 Contad con los primeros pajaritos.

FÁBULA XIX.

El Elefante, el Toro, el Asno y los demás animales.

Los mansos y los fieros animales,
 A que se remediasen ciertos males
 Desde los bosques llegan,
 Ya en la rasa campaña se congregan.

Desde la mas pelada y alta roca
 Un Asno trompetero los convoca.
 El concurso ya junto,
 Instruido tambien en el asunto,
 (Pues á todos por Júpiter previno
 Con cédula *ante diem* el pollino)
 Imponiendo silencio el Elefante,
 Así dijo: señores es constante
 En todo el vasto mundo,
 Que yo soy en lo fuerte sin segundo:
 Los árboles arranco con la mano (1):
 Venzo al Leon, y es llano
 Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
 Abre sin duda brecha. A la batalla
 Llevó todo un castillo guarnecido:
 En la paz y en la guerra soy tenido
 Por un bruto invencible,
 No solo por mi fuerza irresistible,
 Por mi gordo colete y grave masa,
 Que hace temblar la tierra donde pasa.

Mas, señores, con todo lo que cuento,
 Solo de vegetales me alimento,
 Y como á nadie daño, soy querido,
 Mucho mas respetado que temido,
 Aprended, pues de mí, crueles fieras,
 Las que hacéis profesion de carniceras,
 Y no hagais por comer atroces muertes,
 Puesto que no sereis, ni menos fuertes,
 Ni menos respetadas,
 Sino muy estimadas

(1) Buffon en la *Historia natural*, artículo de *Elefante*: llama así á la trompa de este animal.

De grandes y pequeños animales,
 Viviendo como yo de vegetales.
 Gran pensamiento (dicen) gran discurso;
 Y nadie se le opone del concurso,
 Habló despues un Toro de Jarama:
 Escarba el polvo, cabecea, brama.
 Vengan (dice) los lobos y los osos,
 Sí son tan poderosos,
 Y en el circo verán con que donaire
 Los haré que volteen por el aire.
 ¡Qué! ¿son menos gallardos y valientes
 Mis cuernos, que sus garras y sus dientes?
 ¿Pues por qué los villanos carniceros
 Han de comer mis vacas y terneros?
 Y si no se contentan
 Con las hojas y yerbas que alimentan
 En los bosques y prados
 A los mas generosos y esforzados,
 Que muerdan de mis cuernos al instante,
 Ó si no de la trompa al Elefante.
 La asamblea aprobó cuanto decia
 El Toro con razon y valentía.
 Seguíase á los dos en el asiento
 Por falta de buen orden el Jumento,
 Y con rubor espuso sus razones.
 Los Milanos (prorrumpen) y los Alcones,
 (No ofendo á los presentes, ni quisiera)
 Sin esperar tampoco á que me muera,
 Hallan para sus uñas y su pico
 Estuche entre los lomos del Borrico.
 Ellos querrán ahora como bobos
 Comer la yerba á los señores Lobos.

Nada menos: aprendan los malditos
 De las Cochaperdices, ó Chorlitos,
 Que sin hacer á los Jumentos guerra,
 Envainan sus picotes en la tierra,
 Y viva todo el mundo santamente,
 Sin pecar, ni morder en lo viviente.
 Necedad, disparate, impertinencia,
 (Gritaba aquí y allí la concurrencia)
 Haya silencio, (claman) haya modo.
 Alborótase todo:
 Crece la confusion, la grito crece:
 Por mas que el Elefante se enfurece,
 Se deshizo en desórden la asamblea.
 A Dios, gran pensamiento: á Dios, idea.

Señores animales, yo pregunto:
 ¿Habló el Asno tan mal en el asunto?
 Discurrierron tal vez con mas acierto
 El Elefante y Toro? No por cierto.
 ¿Pues por qué solamente al buen Pollino
 Le gritan disparate, desatino?
 Porque nadie en razones se paraba,
 Sino en la calidad de quien hablaba:

Pues, amigo Elefante, no te asombres:
 Por la misma razon entre los hombres
 Se desprecia una idea ventajosa.
 ¡Qué preocupacion tan peligrosa!

TABLA

DE LAS FÁBULAS

QUE CONTIENEN ESTOS DOS TOMOS.

TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

Fábula. I. El Asno y el Cochino...	1
II. La Cigarra y la Hormiga.....	4
III. El Muchacho y la Fortuna....	6
IV. La Codorniz.....	id
V. El Asno y el Escarabajo.....	7
VI. El Leon vencido por el Hombre.	9
VII. La Zorra y el Busto.....	10
VIII. El Raton de la Corte y el del campo.....	id.
IX. El Herrero y el Perro.....	12
X. La Zorra y la Cigüena.....	13
XI. Las Moscas.....	14
XII. El Leopardo y las Monas.....	15
XIII. El Ciervo en la Fuente.....	16
XIV. El Leon y la Zorra.....	17
XV. La Cierva y el Cervato.....	18
XVI. El Labrador y la Cigüena.....	20
XVII. La Serpiente y la Lima.....	21
XVIII. El Calvo y la Mosca.....	id
XIX. Los dos Amigos y el Oso.....	22

XX. El Aguila, la Gata y la Java- lina.....	23
--	----

LIBRO SEGUNDO.

Fábula I. El Leon con su Ejército.	25
II. La Lechera.....	27
III. El Asno sesudo.....	29
IV. El Zagal y las Ovejas.....	30
V. El Aguila, la Corneja y la Tor- tuga.....	31
VI. El Lobo y la Cigüena.....	32
VII. El Hombre y la Culebra.....	33
VIII. El Pájaro herido de una flecha.	id.
IX. El Pescador y el Pez.....	34
X. El Gorrion y la Liebre.....	35
XI. Júpiter y la Tortuga.....	36
XII. El Charlatan.....	37
XIII. El Milano y las Palomas.....	38
XIV. Las dos Ranas.....	39
XV. El Parto de los Montes.....	41
XVI. Las Ranas pidiendo Rev.....	42
XVII. El Asno y el Caballo.....	43
XVIII. El Cordero y el Lobo.....	44
XIX. Las Cabras y los Chivos.....	45
XX. El Caballo y el Ciervo.....	46

LIBRO TERCERO.

Fábula 1. El Aguila y el Cuervo.....	48
--------------------------------------	----

II. Los Animales con Peste.....	50
III. El Milano enfermo.....	52
IV. El Leon envejecido.....	53
V. La Zorra y la Gallina.....	54
VI. La Cierva y el Leon.....	55
VII. El Leon enamorado.....	56
VIII. El Congreso de los Ratonos...	57
IX. El Lobo y la Oveja.....	id.
X. El Hombre y la Pulga.....	58
XI. El Cuervo y la Serpiente.....	59
XII. El Asno y las Ranas.....	id.
XIII. El Asno y el Perro.....	61
XIV. El Leon y el Asno cazando....	62
XV. El Charlatan y el Rústico.....	63

LIBRO CUARTO.

Fábula I. La Mona corrida.....	65
II. El Asno y Júpiter.....	66
III. El Cazador y la Perdiz.....	68
IV. El Viejo y la Muerte.....	id.
V. El Enfermo y el Médico.....	69
VI. La Zorra y las Uvas.....	70
VII. La Cierva y la Viña.....	id.
VIII. El Asno cargado de Reliquias.	71
IX. Los dos Machos.....	72
X. El Cazador y el Perro.....	73
XI. La Tortuga y el Aguila.....	74

XII. El Leon y el Raton.....	75
XIII. Las Liebres y las Ranas.....	76
XIV. El Gallo y el Zorro.....	id.
XV. El Leon y la Cabra.....	78
XVI. El Hacha y el Mango.....	id.
XVII. La Onza y los Pastores.....	79
XVIII. El Grajo vano.....	80
XIX. El Hombre y la Comadreja....	81
XX. Batalla de las Comadreas y los Ratonos.....	82
XXI. El Leon y la Rana.....	83
XXII. El Ciervo y los Bueyes.....	84
XXIII. Los Navegantes.....	85
XXIV. El Torrente y el Rio.....	86
XXV. El Leon, el Lobo y la Zorra..	87

LIBRO QUINTO.

Fábula. I. Los Ratonos y el Gato..	90
II. El Asno y el Lobo.....	92
III. El Asno y el Caballo.....	93
IV. El Labrador y la Providencia..	94
V. El Asno vestido de Leon.....	95
VI. La Gallina de los huevos de Oro.	69
VII. Los Cangrejos.....	97
VIII. Las Ranas sedientas.....	99
IX. El Cuervo y el Zorro.....	100
X. Un Cojo y un Picaron.....	1

XI. El Carretero y Hércules.....	102
XII. La Zorra y el Chivo.....	103
XIII. El Lobo, la Zorra y el Mono Juez.....	id.
XIV. Los dos Gallos.....	104
XV. La Mona y la Zorra.....	105
XVI. La Gata Muger.....	id.
XVII. La Leona y el Oso.....	106
XVIII. El Lobo y el Perro flaco.....	108
XIX. La Oveja y el Ciervo.....	109
XX. La Alforja.....	110
XXI. El Asno infeliz.....	id.
XXII. El Javalí y la Zorra.....	111
XXIII. El Perro y el Cocodrilo....	id.
XXIV. La Comadreja y los Ratones	112
XXV. El Lobo y el Perro.....	113

TOMO SEGUNDO.

LIBRO PRIMERO.

Fábula I. El Pastor y el Filósofo.	119
II. El Hombre y la Fantasma.....	123
III. El Javalí y el Carnero.....	125
IV. El Raposo, la Muger y el Gallo.	id.
V. El Filósofo y el Rústico.....	127
VI. La Pava y la Hormiga.....	128
VII. El Enfermo y la Vision.....	130

VIII. El Camello y la Pulga.....	132
IX. El Cerdo, el Carnero y la Ca- bra.....	id.
X. El Leon, el Tigre y el Cami- nante.....	134
XI. La Muerte.....	135
XII. El Amor y la Locura.....	136

LIBRO SEGUNDO.

Fábula I. El Raposo enfermo.....	138
II. Las exequias de la Leona.....	140
III. El Poeta y la Rosa.....	141
IV. El Buhó y el Hombre.....	143
V. La Mona.....	144
VI. Esopo y un Ateniese.....	145
VII. Demetrio y Menandro.....	146
VIII. Las Hormigas.....	147
IX. Los Gatos escrupulosos.....	148
X. El Aguila y la asamblea de los Animales.....	149
XI. La Paloma.....	151
XII. El Chivo afeitado.....	id.

LIBRO TERCERO

Fábula I. Naufragio de Simónides....	154
II. El Filósofo y la Pulga.....	156
III. El Cazador y los Conejos.....	158

IV. El Filósofo y el Faisan.....	159
V. El Zapatero Médico.....	161
VI. El Murcielago y la Comadreja ..	162
VII. La Mariposa y el Caracol.....	163
VIII. Los dos Titiriteros.....	165
IX. El Raposo y el Perro.	167

LIBRO CUARTO.

Fábula I. El Gato y las Aves.....	169
II. La Danza Pastoral.....	171
III. Los dos Perros.....	173
IV. La Moda.....	174
V. El Lobo y el Mastin.....	175
VI. La Hermosa y el Espejo.....	177
VII. El Viejo y el Chalan.....	178
VIII. La Gata con cascabeles.....	179
IX. El Ruisñor y el Mochuelo.....	181
X. El Amo y el Perro.....	182
XI. Los dos Cazadores.....	184
XII. El Gato y el Cazador.....	id.
XIII. El Pastor.....	186
XIV. El Tordo flautista.....	Id.
XV. El Raposo y el Lobo.....	187
XVI. El Ciudadano Pastor.....	189
XVII. El Ladron.....	192
XVIII. El Joven Filósofo y sus Com- pañeros.....	193
XIX. El Elefante, el Toro, el Asno y los demas animales.....	194